

Luis H. de Larramendi

EN LA AVANZADA

VOLUMEN III

== ¡Viva el Rey! ==

Psicología social y literaria.

LUIS BERNANDO DE LARRAMENDI



MADRID

IMPRENTA DE SAN FRANCISCO DE SALES

Calle de la Bola, núm. 8.

1914

EN LA AVANZADA

EN LA AVANZADA

VOLUMEN III

≡ ¡Viva el Rey! ≡

Psicología social y literaria.

LUIS HERNANDO DE LARRAMENDI



MADRID

IMPRENTA DE SAN FRANCISCO DE SALES

Calle de la Bola, núm. 8.

1914

✧ ¡Viva el Rey! ✧

En el viejo grito monárquico se resumen todos los ideales tradicionalistas; en esa fórmula expresiva, que sirvió a nuestros padres para aclamar al Soberano y manifestar la unidad fraternal de los entusiasmos políticos de su tiempo, se encierran también todos los anhelos de aquellos que, siendo continuadores de la Patria antigua, por mala obra de la época aparecemos como un partido.

Los artículos que componen este volumen son comentarios y observaciones de diferente lugar y día, de condición varia; pero unánimes en comprobar que la orientación psicológica, en el orden social y en la esfera

*literaria, de la presente generación española
torna de nuevo a la Tradición nacional.*

*Por eso, el título más comprensivo para
sacar a luz; coleccionados estos modestos
trabajos, formando el volumen III de la serie
«En la Avanzada», es el viejo grito patrió-
tico: ¡Viva el Rey!*

Febrero de 1914.



Monarquía y Gremios.

MONARQUÍA y GREMIOS

—El pueblo es monárquico, decididamente.

Este era el comentario que escuché de la jura de la bandera.

El comentarista nos refería detalles del desfile por las avenidas de la Castellana al pasar Don Alfonso, jinete en un precioso caballo de raza, seguido de brillante cohorte; el pueblo le contemplaba con ávida curiosidad llegando a sentir un instante de simpatía.

El comentario continuaba haciendo constar la gentileza del jinete y el efecto que sobre sus mejillas producía el calor de la mañana y la sofocación del esfuerzo, cubriendo momentáneamente la intensa palidez habitual.

Interiormente, yo pensaba: el pueblo es monárquico, cierto.

Pero no atribuyo su curiosidad y su espontánea conmoción de simpatía, a virtud de una vulgar gentileza de *sportman*, ni de una sutil velatura de carmín.

La causa psicológica es más honda, más fuerte, más permanente.

El sano instinto natural del pueblo, presiente el símbolo de la autoridad, de la soberanía, y es sugestionado por la idea, no por el hombre.

Me distraje de la conversación y mi espíritu aleteó por regiones queridas; con el pensamiento, fui pasando revista-crítica a las teorías políticas, y acabé por reirme de argumentos en boga que emboban a las gentes sencillas y las arrastran a cometer, defender y padecer necedades inverosímiles.

—¿Por qué queréis que nos sometamos a un Rey, a un hombre igual a nosotros, al que hacéis superior a nosotros?

¡Cuántas veces, con aire triunfal, se me ha dicho la misma tontería!

Y los mismos que la dicen, caracteres dignos e independientes, en cuanto ven un remedo de majestad, forman calle, miran encantusados, se descubren reverentes, y abren las bocas, como criaturas, para babear y, tal vez, para vitorear...

¡Qué saben ellos! Es la verdad, la invencible verdad que reside en su instinto, quien les conduce, contra sus pretendidas convicciones, a sentir un movimiento de respeto y de simpatía hacia la majestad o los vanos fantasmas que la remedan.

Es el instinto, porque en el fondo de toda conciencia existe un forzoso reconocimiento a la autoridad.

Es la verdad invencible, porque todos los sofismas y los juegos de malas pasiones no podrán matar esta verdad: que la felicidad social está en el orden, y el orden exige autoridad, soberanía.

Y así como una democracia, después de protestarnos igualdad entre todos, nos obliga a obedecer, a soportar, a padecer la tiranía caprichosa, infatuada, ambiciosa, calculadora y egoísta de unos cuantos hombres, encumbrados sobre la estolidez de la muchedumbre; una verdadera Monarquía, hace del Soberano un símbolo, le rodea de grandeza, de esplendor, de honores, de respetos, como diciéndonos: la soberanía exige un agente humano, y ya que esto es imprescindible, para no sujetarnos a obedecer al que es igual, arranquémosle su condición de hombre, hagámosle tomar, en todo cuanto sea posible, la sagrada naturaleza de idea.

Y, tan práctica, tan necesaria, tan natural es esa transustanciación, que, en plena democracia, las masas desorientadas y engañadas, impulsadas por su sano instinto, hacen traición a las palabras, y contemplan el paso fastuoso de un Rey que no gobierna, como suspirando por la verdadera Monarquía.

* * *

Tropecé con la manifestación del 1.º de Mayo.
A la cabeza marchaban algunos niños—¡pobres

niños!—de las escuelas laicas. En la edad de las ternuras se les hace formar parte de una comitiva de odios; débiles e indefensos, se les engancha en los ejércitos revolucionarios de la lucha de clases.

Seguían unas cuantas mujeres entonando la *Marsellesa*. Las había con los cabellos chorreando grasa, goma y bandolina; las había con el peinado deshecho en flocaduras; alguna, qué sencilla, qué inconsciente... Cada mujer de aquellas me representó una tragedia: la tragedia repugnante de la desvergüenza marimachasca; la tragedia de la seducción y un rodar consiguiente...; la tragedia victimaria de las pobres madres, de las pobres esposas, de las pobres hermanas, sujetas al despotismo brutal de un verdugo insignificante...

Luego seguían los oficios: sus banderas al frente; detrás de cada una, los obreros de la sociedad que representaba.

Muy larga fue la procesión, muy nutrida.

El vulgo burgués no se detenía; pasaba sin dar importancia, tal vez por un remoto terror, acaso, y es más triste, por verdadera indiferencia.

Yo me detuve. Los niños y las mujeres, aunque muy pocos, evocáronme el recuerdo de la irreligión, del antipatriotismo, del odio de clases, de las connivencias anticlericales y masónicas, del engaño, del borreguismo, de la explotación política que sufre el pueblo en nuestro tiempo, y

como es, quizá, una de mis mayores preocupaciones del corazón, sentía indignación y amargura.

Pero el desfile de los oficios con sus estandartes hizo que olvidara el matiz socialista o republicanizante.

Me parecía simplemente una fiesta del Trabajo, ¡del santo Trabajo!

Me complacía ver la renovación del viejo sentimiento de solidaridad profesional; me esperaba ver que el imbécil individualismo liberal fenecía.

E, imaginativamente, se mezclaban el espectáculo que estaba presenciando y aquel que tantas veces he contemplado en la Pinacoteca Nacional, en el cuadro de Dionisio van Alzloot—un pintor flamenco del siglo XVII—donde en solemne, vistosa e interminable procesión, desfilan, con la orgullosa dignidad de la clase, los gremios de Bruselas, llevando estandartes e insignias.

Habrá que trabajar mucho, hasta podrá ser preciso morir; pero yo espero en Dios, que estas fiestas del 1.º de Mayo han de parecerse bien pronto más al cuadro de van Alzloot que a las manifestaciones internacionalistas, un poco desesperadas y muy borreguiles de ahora.

Las declaraciones de Don Jaime, recogidas por Severino Aznar, dan harto pábulo a las esperanzas.

¿Calcularíais lo que sucedería, si un Rey que pensara según esas hermosas declaraciones, alto, varonil, sencillo y fuerte, con todo el prestigio de la majestad castiza y tradicional, rodeado de una corte brillante, entrase triunfador en Madrid, bajo los arcos monumentales de la Puerta de Alcalá?...

¡Qué trueno de aplausos y de vítores!

¡Cuántas lágrimas de frenético patriotismo!...

Madrid, Mayo 1911.



Hacia la redención municipal.

Hacia la redención municipal.

Valencia la sultana, tantos años cautiva, ha roto el yugo de la desalmada piratería.

Como por final de una bella leyenda emocionante, en el corazón baten alas dos sentimientos gozosos al conocer ese fausto suceso: la satisfacción justiciera y la admiración caballeresca y enamorada.

¡Valencia es libre! —se piensa.

Pero bien pronto el pensamiento se interrumpe con un escéptico interrogante:—¿Es libre?...

* * *

Se ha visto: el cuerpo social es fuerte, sano; pero el régimen en que la ciudad, en que España vive, es pernicioso y morbífico.

¡Cuántos trabajos quedan por realizar todavía, aun después de los recientes triunfos!

—Nada de política—decía el cartel de los tradicionalistas valencianos,—nada de política en el

Ayuntamiento: administración y solamente administración.

Desde mi lejano rincón, cuando yo lo leía, exclamaba: — ¡Qué hermoso ideal, qué honrado programa!... Hasta la vida hay que sacrificar para defenderle y hacerle obra viva. Pero, ¿podréis conseguirlo? ¿Cuánto tardaréis, cuánto lucharéis, cuánto padeceréis antes de lograrlo?... So pena de que todo lo presente se lo lleve la trampa, amén.

¿Qué importa la voluntad de unos hombres amantes de la paz, cuando hay otros que necesitan promover y urdir los ardides concupiscentes de la *politica* para no desaparecer de la escena pública?

Siempre será apasionable la muchedumbre; siempre será más fácil conquistarla con halagos, efectismos e incitaciones, que con verdades amargas, difíciles de explicar y de comprender, árida y penosamente demostrables. Pues mientras sea fácil auparse sobre los lomos inocentes del pueblo, porque engañarle y enloquecerle tenga viabilidad legal y reciba como nombre, nada menos, el de libertad de conciencia, ¿creéis acaso, que los vividorzuelos de cierta chispa, de alguna labia, maestros en osadía, podrán relegarse a la obscura miseria o a la medianía laboriosa?

Y esos fieles secuaces de un jefe, a quien siguen sin escrúpulo intelectual, en todas las fluctuaciones doctrinales, no molestándose en formar

opinión propia, pero venteando las fechas de arribada y las seguridades de permanencia de su partido en el poder, ¿no consideráis muy probable que no puedan prescindir de hacer *política*, siendo arañas que todo lo cazan en tal tejido?

En un régimen público de contradicción, de opiniones, de partidos; cuando los candidatos son propuestos por banderías; cuando los concejos se componen de *blasquistas, abbatistas, barralistas, beltranistas, lerrouxistas, sorianistas, moretistas, canalejistas, mauristas*, etc., etc.; si unos no hacen política, por oposición, por contradicción, por emulación, la harán otros, y la buena gestión de los intereses municipales no agradará a todos.

¡Como que la ciudad está dividida, y más importantes que los intereses comunes, que los verdaderos y naturales intereses, son los intereses creados artificiosamente alrededor de cada banderín político!...

¿Administran bien uno o algunos grupos de personas honradas? Pues protestan y se indignan los contrarios.

Segundo: Por contrarios.

Y primero: Porque la buena administración perjudica *sus* intereses...

A la postre, los buenos, ¿no se verán obligados, para defenderse, a hacer también política?

Lo contrario sería un milagro.

—Suiza es un país ideal.

—Suiza sí que es un Estado moderno.

—Suiza es el modelo de progreso político.

—¡¡Suiza!!...

—Señores, ¡ved a Suiza!...

—¡¡¡Ah!!! Suiza... ¡Suiza!...

Lector, ¿no has oído mil veces todas esas declamaciones, en tanto que un vulgar liberal—y todo liberal es forzosamente vulgar—hacía puentes con las cejas, huevos con los ojos, oes con los labios y aspas de molino con los brazos?

Pues... ¡pícaro mundo!... Todo en él es aire y nada.

Suiza, la republicana, la democrática, la *referendista*, está harta de democracia liberal. Los intelectuales suizos, recogiendo la palpitación del alma nacional, orientan sus aspiraciones políticas hacia los derroteros tradicionales, naturales..., ¡fatales!

El capricho puede hacer violencias a la naturaleza; pero, al cabo, la naturaleza prevalece sobre el capricho.

Así a los pueblos liberales les sucede algo semejante que a los borrachos, quienes tienen más razón en el estómago que en la cabeza: después de permitirse fantasías y excesos insensatos, vomitan.

Voy a traducir, entresacados, algunos párrafos que un escritor suizo publicaba hace tres o cuatro meses:

“La abstención electoral no es causa, sino prueba de la indiferencia política. Por donde quiera, aumenta esta abstención, particularmente en Suiza, con proporciones aterradoras.

„Cuanto más numeroso es el cuerpo electoral, tanto más considerable es la abstención.

„El sistema mayoritario, descorazona a las minorías cuando no tienen esperanza de triunfar; las excita con exceso cuando la victoria se ofrece como premio para el luchador más bizarro. El sistema proporcionalista regulariza la abstención, pero no la suprime ni siquiera la disminuye. Esta es la indiscutible lección de la experiencia.

„La indiferencia política es general en Europa, y si es mayor en Suiza, se debe a la multiplicación de los escrutinios, consecuencia del carácter extremadamente democrático de su régimen. No es posible obligar a cada ciudadano a interesarse activamente por todos los problemas.

„Imposible ha de ser para la nueva generación, creer en el liberalismo, del que obtiene tan amarga cosecha. El objeto de la sociedad no es la libertad, es el orden y la paz. El liberalismo los ha comprometido. Hay libertades necesarias a las cuales nadie puede querer tocar jamás. Pero las hay funestas. La Revolución las ha instituido, el liberalismo las defiende; a ellas es debido el moderno desorden. Los jóvenes de hoy necesitan restaurar el orden, hacer lo contrario que ha hecho la Revolución, repudiar el liberalismo.

„El derecho de sufragio no sería menos universal porque se arrancase a los individuos aislados y se les concediese a los individuos agrupados corporativamente; eso sería más orgánico, más social, y, en realidad de verdad, más democrático.“

* * *

La libérrima Suiza... vomita.

Y señala el verdadero camino. Porque es quimera pretender una representación competente, responsable y con libertad para llevar a cabo la debida gestión, mientras no sustituya al sufragio universal inorgánico moderno y liberal, el tradicional sufragio universal profesional y corporativo, a la antigua usanza española.

Feliz tiempo aquel en el cual no formaban el Concejo municipal de Valencia *blasquistas, sorianistas, canalejistas, mauristas, fulanistas y menganistas*; tiempo en el que no estaban representados los partidos antagónicos e irreductibles, sino los diversos grupos, los distintos intereses, los varios derechos simultáneos y compatibles que integraban la vida de la ciudad; cuando por precepto de las Cortes, eran consejeros cuatro hombres, pertenecientes a todas las clases sociales, por cada una de las doce parroquias, y otros cuatro por cada uno de los oficios: mercaderes, pintores, albañiles, curtidores, etc.; toda la vida del trabajo...

Aquéllos sí que representaban a Valencia y

velaban por la ciudad. Aquellos hombres de trabajo no aspirarían a ser borregos de un amo, ni podían proponerse hacer estéril politiquería. Aquellos honrados trabajadores se esforzaban por la armonía y la paz de Valencia, por la prosperidad y bienestar de la ciudad, que equivalía a la prosperidad de las industrias, de sus oficios mismos. Aquellos representantes no podían burlarse del pueblo con soflamas, fantasías y necios idealismos, porque detrás de sí tenían el gremio que los eligió y al cual pertenecían, a sus compañeros de profesión que, imponiéndoles muy claros deberes, podían exigirles muy estrechas responsabilidades.

A eso precisa volver, con las modificaciones accidentales y de forma que impone la variedad de tiempos. ¡Hay que organizar la sociedad, desorganizada y disuelta por el liberalismo!

Comenzando por la sindicación, hay que llegar al régimen corporativo de las fuerzas sociales.

Estrella del progreso, lábaro santo de civilidad es la bandera que han blandido triunfante en las últimas elecciones municipales nuestros ilustres amigos los candidatos tradicionalistas.

Quizá les esperan muchas amarguras en los Concejos. Yo admiro el heroísmo de su sacrificio. Pero me ciega el glorioso fulgor de la obra que inician: la reorganización municipal de España.

Madrid, Noviembre 1911.

Oteando las huelgas de 1911.

Tradición o revolución.

*El régimen es revolucionario.—Lo que será la
lucha social.—Revolución social y conserva-
ción social.—El pensamiento de Lassalle.—
¡España, victima!—Valor y trabajo.*

Pongamos el vino viejo en
las odres nuevos,

*Sur de pensers nouveaux fai-
sons des vers antiques.*

¿Las actuales huelgas son revolucionarias?...
El concepto de revolución supone más, y más im-
portantes cosas, que un tumulto pasajero, por
grave y sangriento que sea. La existencia de par-
tidos políticos permanentes es un hecho revolucio-
nario; lo es toda huelga fundada en el principio de
la lucha de clases. Así, ciertas frases ministeriales
no pasan de ser testimonio de cortas miras y vul-
gar pensamiento. ¡Claro que son revolucionarias
las huelgas! ¡Fruto del régimen!

* * *

Hace pocos días conversaba en Bilbao con un
grupo de diez o doce obreros. Estaba en plena

crecimiento la huelga de carreteros, y se relataban incidentes del día. Me pareció advertir en las narraciones un fondo de satisfacción cuando referían actos de valor de los patronos y el destrozo producido por sus disparos sobre las masas huelguistas.

Sorprendido, abordé francamente la cuestión de la huelga: todos aquellos obreros la consideraban abominable; discutí, aduje posibles justificaciones, adopté puntos de vista humanitarios, procuré hacer vibrar una nota sentimental; todo en vano. Pude convencerme de que aquellos obreros odiaban la huelga y el *obrerismo*.

A la mañana siguiente me hallaba en las mesas de la calle de un café. Era temprano y andaban los mozos ocupados en las tareas de limpieza. Apenas había nadie; el tránsito de la vía pública era escaso, y llegaban claramente hasta mí las conversaciones del interior.

—¡Palo, palo y palo!

—¡Que volaran la cabeza a unos cuantos, y se acababan las huelgas!

Volví atrás la mirada, dudando si sería cierto lo que me parecía, y, efectivamente, quienes tan duramente hablaban eran los mozos del café.

Podría citar otros muchos detalles y observaciones. Bilbao está harto de huelgas; el pueblo en masa, cansado y agresivo, hace ya tiempo que se ha colocado frente al obrerismo, quizá hasta el exceso.

Y yo me preguntaba:—Si sucede lo mismo en todas partes, y es muy probable y natural que llegue a suceder, ¿adónde vamos por este camino?

* * *

Nunca he creído en ese espantable endriago socialista de la huelga general con la que fraternizan los soldados.

Podrá haber una huelga parcial de soldados, y ya se ha visto. ¡La hubo de *inquilinos*, que es más extraña!...

Pero yo tengo demasiado pobre idea de la humanidad para esperar unanimidades como la profetizada en tono de amenaza por los socialistas. Jamás los hombres estarán unánimemente conformes, ni para el bien, ni para el mal.

Todo interés lastima o niega otros intereses; lo que equivale a decir que todo hombre al acometer pujantemente un propósito, coloca en frente de sí a otros hombres. Y para la tan anunciada huelga existirán otros intereses además de los considerados como opuestos del capital y el trabajo: las ideas, los caracteres individuales, las afecciones del corazón, aun la multiplicidad de intereses económicos en las mismas personas.

Empiezo a comprobar que atinaba en mis conjeturas. No la víspera del triunfo sindicalista, sino en los comienzos de su acción, un pueblo entero, Bilbao—ejemplo de lo que se repetirá en todas

partes—, se planta hostilmente contra el movimiento obrero socialista y socializante.

Para vislumbrar lo que acontecerá en el problema social universal, ofrecen datos incontestables los Ayuntamientos vizcaínos cuyos vecinos se reúnen en somatenes para hacer frente a los huelguistas.

* * *

Revolución, es la ruptura de una continuidad histórica, de los vínculos sociales formados en ella y de los principios sobre que se asienta. En un sentido más profundo y más trascendental, es la acción opuesta a la naturaleza y fines sociales.

El mundo civilizado es víctima de la revolución desde larga fecha.

Perturbada la naturaleza social, nada sigue su curso regular; el malestar llega a todas partes, la sociedad está enferma. El orden económico, que es el de los sentidos y las afecciones corporales, es el que más agudamente se queja.

De este modo ha venido a pararse a la situación alarmante del llamado problema social.

Se comenzó por las deserciones religiosas; siguieron las novedades y variedades en filosofía; luego pasó al pueblo humilde la inquietud, y aparecieron las opiniones políticas; ahora damos un último paso.

En Francia acaba de publicarse un libro de Mr. Meynadier, acerca de "L'idée republicaine dans les pays monarchiques d'Europe.". De él se

desprende algo que ya habíamos advertido en España: la opinión en Europa es cada día más indiferente para las formas políticas; los partidos republicanos se quedan sin masas; los grupos socialistas empiezan a aceptar tanto la Monarquía como la República, indiferentemente.

Hoy no se lucha ya por las formas políticas, sino por el contenido social.

Y en este orden hay sólo dos bandos posibles, puesto que el individualismo o liberalismo, causante inmediato de los males presentes, ha huido de la escena después de su estrepitosa y universal bancarrota: o la absorción del capital por el trabajo—socialismo,—o la convivencia organizada de ambos—tradicionalismo y catolicismo.

El socialismo es una nueva forma de la revolución, es un cambio de postura de la sociedad enferma, cansada de la posición liberal.

El catolicismo es la más segura garantía para la naturaleza social, por su origen y por su fin. El tradicionalismo es la fórmula elaborada sobre la naturaleza social durante una larga continuidad histórica, con el beneplácito y la prosperidad de muchas generaciones.

El socialismo es el odio; el catolicismo es el amor. El socialismo es la fórmula imaginaria; el tradicionalismo es el producto de la experiencia.

El socialismo se burla del pasado y lo fía todo a un porvenir de ilusiones; el tradicionalismo aprende del pasado, trabaja en el presente y se

dirige a un ideal de perfección para lo futuro.

El socialismo declara un robo la propiedad y trata de hacerla suya; el catolicismo la respeta, pero la impone un fin y una norma cuya realidad práctica organiza el tradicionalismo.

El socialismo es revolución; el catolicismo y el tradicionalismo son la conservación social.

* * *

¿De qué lado estará el triunfo definitivo?

No hay términos para dudarlo: del catolicismo y tradicionalismo.

El triunfo se logrará de uno de dos modos: o por la acción impositiva de los conservadores sociales, o por fracaso del socialismo, último paso revolucionario, y el retorno espontáneo de la sociedad desengañada, en busca de equilibrio y salud, a los cauces naturales y a las fórmulas de la experiencia.

En este camino de evolución y reacción sensata, se va revelando el presentimiento que Fernando Lassalle, fundador del partido socialista alemán, manifestaba en una carta que hace pocos meses ofrecía por primera vez al público una Revista socialista extranjera:

“Republicano desde niño, nada he encontrado más ridículo, más corrompido y menos durable que la *Monarquía constitucional*. Es la autodestrucción organizada. Como digo, soy republicano desde la infancia. Y a pesar de serlo, o quizá pro-

bablemente por este motivo, he llegado a la convicción de que nada podría tener mejor porvenir y una misión más dichosa que la *verdadera Monarquía* si se decidiese a ser una *Monarquía social*. Yo lucharía apasionadamente por ella y dejaría mis teorías a un lado.

Si Pascal afirma que el tamaño de la nariz de Cleopatra influyó en los destinos del mundo, ¿cuánto hubiera podido influir que Lassalle conociese el programa de un Rey, tal como las "Declaraciones de París," de Don Jaime de Borbón?...

* * *

Lo que entrevió Lassalle, a pesar del ambiente de sus errores, nacionales unos y personales otros, en España no lo han visto — quiera Dios que inocentemente—muchos a quienes obliga su patriotismo, su ilustración, su educación, su abolengo, su fe religiosa y motivos de mayor fuerza.

En España pudimos ahorrarnos las calamidades revolucionarias. Pudimos hacer obra admirable de justicia social, que habría sido la apoteosis de la Patria y la estrella salvadora de la civilización moderna. Pudimos— aun perdiendo tiempo y acudiendo tarde—evitarnos la anarquía desoladora que se echa por momentos encima.

Pero se estudió poco y se habló mucho. Se transigió con la revolución política, haciendo de la piedad tapadera para las aspiraciones y las vanidades mundanas. Hubo quien por un lado se en-

tregaba a la devoción y las juntas de caridad, y, por otro, en la vida económica, practicaba con celo admirable la feroz tiranía individualista en arrendamientos, industrias, sociedades, bancos, manejo de valores, labores legislativas y costumbres. El pueblo quedó abandonado y desamparado ante las nuevas necesidades y peligros. Sobre las masas honradas se encumbraron inflados incapaces, ambiciosuelos pacatos y corrompidos hipocritillas que ahogaban iniciativas y sofocaban al mérito.

Por si algo faltaba, el sentimentalismo hizo presa entre los católicos; se pretendía que el catolicismo fuese ñoño y sin arrestos, que la ira no podía ser santa, que el valor no es virtud, que la sangre no era redentora, que los tiempos habían cambiado y hoy teníamos suavidad de costumbres.

Lo cierto es que si las edades pasadas fueron inquietas, belicosas e inseguras, la nuestra, con los odios y las licencias radicales, los mítines amenazadores, las manifestaciones colectivas injuriosas y agresivas, los atentados personales, los combates diarios en las calles, los crímenes caciquiles, los motines, las huelgas, las bombas de dinamita, las revoluciones, las guerras, la inmoralidad suelta, el *apachismo* y el hambre y la injusticia, está en el plano temeroso de las peores épocas del mundo.

Y llegan días peores.

Llegan días en que el radio de recluta para los somatenes populares será mucho más extenso que

el de unos cuantos Municipios; según decía el poeta:

Los Bárbaros están dentro de Roma.

Llegan días en que los falsos cristianos y los traidores a las tradiciones patrias entrarán en el campo que abandonaron o vendieron, traídos a latigazos por la revolución; días en que todos habremos de jugar la cabeza, días en que hasta el hogar de los pusilánimes penetrará la hidra para hacer su sangrienta vendimia...

* * *

La lucha es ya irremediable.

Para triunfar por una acción impositiva son precisos el estudio y la organización, pero también la lucha.

Aun por vías de evolución y desengaño la sociedad tropezará una crisis de sangre incalculable. En lugar de que huelguen los soldados, nos haremos soldados todos.

Debemos prepararnos a luchar cuanto sea necesario; con santo celo, con entereza prudente pero valerosa; es caridad, porque la cirugía es beneficio aun para el propio paciente.

Creo que es San Francisco de Sales quien cuenta la anécdota de un mancebo cristiano del que se enamoró lascivamente cierta cortesana, llegando a secuestrarle y retenerle por fuerza, y aquel muchacho, para no sentir delectación en los

halagos que no pudo huir, mordi6se la lengua hasta partírsela. Más conocido es el valor del viejo Patriarca que condujo al sacrificio a su hijo.

La blandura, la cobardía, la pusilanimidad que apartan del deber, contribuyendo al mal, no son cristianas. El valor es virtud, tanto más cuanto es sacrificio. Nuestra edad es como todas: *vivere, militare est*. Si en parciales combates o en una gran tragedia social es medicina que luchemos, aunque las apariencias antiguas sean diferentes a las modernas, hoy como ayer seamos valerosos.

*Sur de pensers nouveaux,
faisons des vers antiques.*

Pero procuremos hacer ante todo obra de paz y de justicia; sacrificuémonos estudiando y organizando para poner orden y amor donde sólo quedan malestar y encono; para lograr todas las justas reivindicaciones del mundo del trabajo; para reconstruir la sociedad entera; para remediar y disipar las fantasías revolucionarias restaurando la gloria de la verdad y de la experiencia; para adaptar los accidentes modernos a las sustancias invariables en el crisol de la tradición.

¡Ganemos la paz de España — que comenzará a ser la paz del mundo — poniendo el vino viejo en las odres nuevas!

Madrid, Septiembre 1911.

La revolución y la Patria

—Lo intolerable, lo que indigna, es que las huelgas hayan sido promovidas para crear, y acaso aprovechar, dificultades en el asunto de Marruecos.

Esto dicen las personas sensatas, honradas y sencillas.

A eso ha llamado, al *amontonarse* como de costumbre, carácter revolucionario el Presidente del Consejo.

¡Nada hay más *claro* que la confusión moderna...

Estamos apoyados en un régimen de contradicción, cuya más honda esencia política es la libertad de opiniones. Y nos producen indignación los conciudadanos que, así como no creen ni aman a Dios, no creen ni aman a la Patria.

Vivimos en un régimen de opinión y mayorías, es decir, de partidos, y nos parece intolerable que los partidos no se estén quietos, y verlos procurar hacer triunfar sus propósitos, según procedimientos en armonía con sus creencias.

¡Lo intolerable, lo que indigna, no es que concedido derecho para pensar contra la Patria, se labore contra ella; lo intolerable, lo que indigna, es un régimen que tiene por fondo esencial el derecho a pensar contra la Patria, y aun contra Dios!

¿Que las huelgas contra la Patria son un crimen?

Según...

Con la Moral de la libertad individual, no. Cada partido encuentra la salvación y la moral en el éxito de sus ideas. Cuando la idea de Patria está proscrita de un programa, ¿cómo podrá ser crimen sacrificar una Patria para instaurar aquel programa?

Con la Moral cristiana, única moral verdadera, única moral, sí, es crimen. Porque Patria es una concreción social, producto de la naturaleza y de la historia, para los fines del bien común, muy superior en debidas prerrogativas a las opiniones individuales o de grupo.

Lo que sucede en realidad, es que el crimen transcendental, incalculable, permanente, está en la propia enjundia del régimen que origina y legitima tantas enfermedades.

Lo que ahora hacen los socialistas, lo hizo la Monarquía cuando el desastre colonial: sacrificar la Patria para provecho de un partido.

Solamente los tradicionalistas pueden decir: Ante exigencias de la Patria, plegamos nuestras

banderas — según el discurso parlamentario de Mella.

Es que nosotros no somos un partido que nace de la libertad de pensamiento, fundamento del régimen; nosotros somos la vieja Patria, la de siempre, lo que queda de ella, aunque por corrupción, deserción y división de los malos hijos ven-gamos a representar, en la convivencia con ellos, el papel de partido.

La Política liberal, es decir, de opiniones, es toda crimen; dentro de ella no hay revoluciones, es toda revolución bajo la indefinida variedad de los aspectos reales, desde el pensamiento hasta el tumulto.

Menos revolución hay en las huelgas actuales, con sus voladuras de puentes y allanamientos de morada, que en las páginas de *El Radical*, *Vida Socialista* y *La Revista Blanca*, donde se forjan no una, ni dos, sino todas las huelgas y tumultos posibles.

Y menos revolución hay en esos periódicos, y en todos juntos los de su calaña, que en el régimen que les dá estado legal.

Por eso, que las huelgas tengan carácter revolucionario, es una frase vulgar sin peso ni medida políticos.

Canalejas querría decir que el fin remoto de las huelgas era derribar el régimen.

Pero, ¿qué significan la existencia, la organización del partido socialista, del republicano y de

otros, sino pensamiento y acción de derribar la actual Monarquía?

¿Para qué se publica a diario tanta Prensa que insulta, amenaza y excita contra la Monarquía de Don Alfonso, sino para eso?

Así, pues, las huelgas son la revolución de todos los días, en una forma que no es precisamente la de todos los días, aunque la de casi todos.

Habría de caer el régimen, y el hecho no sería más revolucionario que el régimen mismo.

Si le derribáramos los tradicionalistas, en vez de ser una revolución sería la contrarrevolución, el fin de la revolución en España.

Si le derribaban otros partidos, cualesquiera que fuesen, no se rompería ninguna continuidad histórica, porque salvo la persona del Monarca o del Presidente, y los nombres, las funciones serían las mismas, permanecería el principio de la libertad de opiniones, base fundamental del espíritu revolucionario, y todo quedaría reducido a nuevas manifestaciones revolucionarias, a nuevas escenas de la bufa tragedia. Edificio social, ¡no existel..

Si insisto acerca de una frase de apariencia baladí, es porque a los gubernamentales dinásticos, y más cuanto más de la derecha, les conviene hacer creer que la revolución *se acerca*, pero a la verdad y a la prudencia les interesa explicar bien que la revolución *está ya triunfante* hace mucho tiempo.

Tan revolución es Maura como Lerroux; tan revolución es la frase: "el derecho no es católico ni protestante,, como el artículo "Jóvenes bárbaros,,; de unos salen otros, todos son grados de una sola escala, y tan temperatura es grado 0 centígrado, como el 80.

Las huelgas son un episodio. La revolución está en la entraña del régimen.

Por eso hace mucho tiempo que el edificio social está destruido, que no queda piedra sobre piedra de la nación.

Restan a la esperanza, los límites geográficos, y los tradicionalistas que somos la vieja Patria española...

Madrid, Septiembre 1911.



Dentro de la ley, bordeando la ley, en contra de la ley.

He ahí, en una frase, toda la doctrina táctica del movimiento anárquico de estos días.

Dentro de la ley se han formado los partidos avanzados.

Dentro de la ley han reunido sus mítines azuzantes.

Dentro de la ley se han publicado, año tras año, los millares de periódicos criminales que envenenan los corazones, ciegan los entendimientos y caldean las malas pasiones excitándolas al asesinato y al pillaje.

Dentro de la ley se ha ido asociando a las masas obreras, para, venciendo por miras sociales su apatía política, poderlas llegar a tener bajo la voz imperativa de los demagogos.

Dentro de la ley se ha podido sostener constantemente alguna huelga, esperando momentos propicios...

Bordeando la ley se pudo acordar, aquí y allá, el paro general cuando ha convenido.

Bordeando la ley ha podido anunciarse en cada capital, con anticipación e impunemente, la fecha fija en que las respectivas fuerzas se agrega-

ban al movimiento anárquico y entrarían en acción.

Bordeando la ley se ha impedido el funcionamiento de fábricas e industrias.

Bordeando la ley se tiene en suspenso la vida nacional.

Bordeando la ley se ha ido propagando, a los ojos de todo el mundo, impunemente, la anarquía de extremo a extremo.

Bordeando la ley se deja en libertad a los inspiradores y directores más conocidos y responsables del movimiento.

Contra la ley, lo menos, aunque parezca ser lo más importante: algún asesinato, como los que a diario cometen las hordas lerrouxistas, algún robo como los de la semana trágica y los de tantos Ayuntamientos radicales, alguna profanación más, alguna explosión de dinamita más...

Todo, andado por pasos insensibles.

Porque lo característico de los movimientos anárquicos en nuestra edad, es la naturalidad con que se producen y con que se contemplan, el aspecto de cosa normal y corriente que tienen.

En este mismo instante hay desórdenes en toda Europa. ¿Cuándo no?

Entre nosotros, ha sido preciso que las llamas y los pedazos de metralla llegasen hasta el cielo, para que las gentes, esas benditas gentes que todavía la están esperando, comenzaran a creer que *había llegado* la revolución.

Todavía hay quien se queda muy satisfecho

convencido de que el mundo marcha bien, y la revolución ha sido vencida...

¡Es natural! Vivimos continuamente en plena revolución... ¡Si la ley y la vida ordinaria son una detonación desastrosa, demoleadora y perenne! ¿Cómo podrán advertirse fácilmente los cambios ligeros de matiz?

La ley exige que la opinión pública se manifieste por partidos permanentes, y eso, que exige la ley, tiene que ser, por fuerza, una permanente guerra civil...

Con sus ejércitos: las asociaciones de partido, que autoriza la ley.

Con arengas: los mítines, que autoriza la ley.

Con emboscadas, celadas, engaños, guerrillas y devastaciones crueles, mediante el juego libre de la Prensa, que autoriza la ley.

Con maniobras, paradas y desfiles, en las manifestaciones agresivas y retadoras, con gritos, carreras y pedreas que, dígase lo que se quiera, autoriza la ley.

Con batallas francas entre beligerantes conocidos, en las huelgas, que autoriza la ley, y antes había hecho necesarias creando el hambre y el desamparo de los trabajadores...

Pues con esa guerra autorizada por la ley, ¿podrá advertirse cuando se pasa un poco más allá hasta los bordes, o aun fuera de ellos?

¿Para qué serviría propagar las ideas si no habían de llevarse a la práctica?

¿Para qué son lícitos los partidos si no se debe hacer que triunfen?

¿Para qué se puede predicar en la tribuna y en la Prensa el atentado y el incendio, sino es más que comedia?

¿Para qué se pueden organizar las muchedumbres con programas políticos y sociales, si no se los puede utilizar para esos mismos fines?

¿Para qué sirve la huelga, si por la coacción no impide el trabajo en los talleres, y por el *sabotaje* no causa quebranto o inquietud al patrono?

¿Es clara la línea divisoria entre la ley y sus inmediateces exteriores, entre donde acaba y donde se está fuera?

¡No! La ley, su límite y el exceso, van unidos como los cuerpos y sus sombras; de los unos son inseparables las otras.

Y a veces se confunden.

Por eso el movimiento anárquico de estos días envuelto en una huelga, dentro de la ley; y que se ha ido extendiendo casi legalmente hasta sus últimos excesos, ha podido beber la doctrina táctica en las más altas esferas del régimen.

En aquella frase que el verano del 910 pronunciaba el Presidente del Consejo, como arte de resolver las huelgas.

“Dentro de la ley, bordeando la ley o en contra de la ley”.

Sindicación contra sindicación.

Conviene llamar la atención sobre el carácter marcadamente *social* de los recientes acontecimientos.

El fin será el que se quiera; los inmediatos inspiradores o los que a la postre hubieran resultado principalmente favorecidos, podrán ser algunos políticos profesionales; pero los sucesos han tenido como característica la significación social.

Al amparo de una ley social, la ley de huelgas, se ha preparado y sostenido la revuelta.

Y las muchedumbres a quienes ha correspondido jugar el papel de protagonistas, no estaban formadas por individualidades sueltas que espontáneamente se unían, sino por asociaciones reglamentadas, federadas y organizadas, al punto de responder en todas las provincias a las indicaciones de una voz.

¿Quién puede dudar que la inmensa mayoría de los obreros han perdido la fe en las promesas políticas hace ya tiempo, y que en ese orden su apatía es completa?

Al movimiento de revuelta han sido arrastrados por la sindicación: al sindicato les han llevado, no los dogmas de programa político, ni siquiera

las simpatías al socialismo, del que en extraordinario número se burlan, sino las miras, los propósitos, las preocupaciones económico-sociales.

Así, pues, los recientes sucesos tienen un carácter eminentemente social, se han producido porque los agitadores tienen a su disposición, por virtud de las agrupaciones profesionales, un contingente considerable de los obreros españoles.

Y ahora empieza a verse—es decir, parece razonable que los ojos eternamente cortos de vista comiencen a verlo—que era indispensable amparar al pueblo, trabajar por él, organizarle y reivindicarle.

Ahora comenzarán a convencerse los perpetuos optimistas y los pesimistas incurables—dos castas de inútiles,—que era deber la acción, que ha sido pecado y crimen abandonar al pueblo obrero y dejarse caer, por error, por corrupción o por necesidad, en las manos peligrosas de sus aduladores con tanto por ciento.

Espanta el espectáculo de estos días pasados; miles de hombres abandonando el trabajo, fomentando la revuelta, paralizando la actividad nacional e interrumpiendo su vida, al conjuro de una orden, y ¡sin conocer para qué, ni porqué lo hacían!, contrariando sus propios intereses y sentimientos, ¡siendo borregos inconscientes, acaso instrumentos de logreros sin conciencia, y, desde luego, causando daños incalculables a la Patria o siendo juguetes de naciones rivales!...

Por fortuna, la derrota enseña siempre: es el dolor del desengaño gran maestro humano.

Los obreros, de esta vez han abierto los ojos; claman, indignados por los perjuicios y quebrantos sufridos, contra sus hipócritas explotadores los cabecillas societarios; sienten vergüenza de sí mismos que, cobardes, aunque la huelga les parecía injustificada, sólo por miedo, por vil miedo al "qué dirán," del mundo obrero, a las represalias de la asociación, a las venganzas de los conspicuos y de los fanáticos, solamente por miedo, en contra de su honrado sentir, contribuyeron a satisfacer el capricho o el medro de los directores del movimiento, mangoneadores de los sindicatos y sociedades.

Los ánimos se excitan, las discusiones son agrias, unos exigen cuentas lanzando amenazas contra la tiranía concupiscente de los jefes; a centenas se borran en las listas sociales, se ofrecen como obreros libres en oficios distintos a los que venían perteneciendo; o con la amargura de la derrota y de la miseria, emigran en busca de trabajo, a *battre le trimard* que dicen los obreros franceses cuando se refieren a la triste peregrinación de fábrica en fábrica, de comarca en comarca, sufriendo miseria y acabando tal vez en el hospital o en las prisiones...

¡Qué responsabilidad la de esos demagogos sin moralidad ni corazón! ¡Ay de aquel que extra-
vía al ciego del camino! ¡Pobre pueblo obrero!

Pero también, ¡qué responsabilidad la de aquellos que por sus convicciones religiosas deberían con más celo que nadie haber previsto estas contingencias, y en amor a la justicia, en afán de caridad, por vivificación de su fe y salud de la sociedad y de la Patria, deberían haber aprovechado el arma de la sindicación para reintegrar al obrero en sus justos derechos, pero librándole de las nefastas influencias y las inicuas tutelas que ahora sufrel

Enmendemos la conducta; con los obreros católicos, con los obreros honrados y libres de fanatismos sectarios, con los obreros desengañados de las tutelas demagógicas, formemos un núcleo de salvación; hagamos entre ellos propaganda, trabajos para sindicarlos cristianamente, rectamente, desinteresadamente, como obra de reivindicación y de justicia social.

Que, con el prestigio del desinterés, de la alteza ideal cristiana resuenen dondequiera aquellas palabras del Arzobispo de Módena: "Trabajadores, ¡organizaos!, es derecho vuestro y es vuestro deber; en la organización conseguiréis más fácilmente las mejoras morales y materiales que necesitáis. Nadie debe impedirlos la agrupación. Desdichados los trabajadores aislados; desdichado aquel que entorpece la organización de sanas asociaciones obreras!

„Quien se opone a la agrupación de trabajadores en sociedades lícitas y honestas, viola un de-

recho natural, limita la libertad de sus subordinados y comete una acción contraria a los fundamentos de la civilización, del progreso y a los principios de la moral.,

Formemos sindicatos obreros donde la religión del obrero Jesús ilumine de ideal y de rectitud los propósitos y los actos.

Sindicatos donde el obrero se sienta seguro bajo la afirmación terminante al frente de sus estatutos que diga: "Ocupándose exclusivamente de cuestiones profesionales, creemos que para servir eficazmente los intereses obreros, nuestros sindicatos deben ser conducidos por la doctrina social de la Madre Iglesia, observando los debidos respetos a la religión, a la familia y a la propiedad, condenando el principio de la lucha de clases, de la acción directa, del *sabotage* y del *boicotage*.,

Donde el obrero labore dignamente por su propia regeneración moral y económica, en la asociación libre, cuyo programa reivindicatorio está expresamente promulgado por la autoridad más alta de la tierra, la del Soberano Pontífice:

"Obligaciones de *justicia* que incumben al obrero:

Ejecutar entera y fielmente el trabajo al que se ha obligado por contrato *libre y conforme a la equidad*;

No lesionar al patrono, ni en sus bienes, ni en su persona;

En la defensa de sus derechos, abstenerse de actos violentos y jamás llegar a la sedición.

—Obligaciones de *justicia* que incumben al capitalista:

Otorgar un *justo* salario a los obreros;

No perjudicar sus justos rendimientos ni por violencias, ni por fraudes, ni por medios usurarios manifiestos o disimulados;

Concederles libertad para cumplir sus deberes religiosos;

No exponerles a seducciones corruptoras, ni a dañosos escándalos;

No apartarlos del espíritu de familia, ni del amor al ahorro;

No imponer los trabajos desproporcionados a sus fuerzas o que se avengan mal con su edad o su sexo.

¡Cuánto deberíamos trabajar para la sindicación cristiana de los trabajadores españoles! En ello va grandemente el porvenir de España; de ello depende que la revolución continúe avanzando o comience a retroceder.

Deberíamos aprovechar estos mismos momentos, en que las huestes del sindicalismo radical están derrotadas, desmoralizadas, desengañadas y divididas...

Congreso Eucarístico.

La Comunión de los niños.

Una hermosa mañana. ¿De Junio? No; de Mayo, florida y tibia en un ambiente diáfano.

Dírase que el tiempo, que la misma atmósfera ha vestido las mejores galas para poner su homenaje en la fiesta.

¡Qué fiesta! El corazón más fuerte y templado se enternece, y los ojos, irradiando luz de espíritu, aumentan su brillantez con el tenue cristal de felices lágrimas.

Centenares, millares, decenas de miles de niñas y niños, vestidos con blancos tules ellas y con trajecitos dominicales ellos, se han congregado, antes de las ocho, en el Parque del Retiro.

En una plazoleta, a la que afluyen tres amplísimos paseos, se formaron altares: del Dulce Niño Dios, Corazón del infinito Amor; de la Siempre Virgen María, Corazón protector de los pobres mortales; de San Pascual Bailón, Patrón de los Congresos Eucarísticos.

Al aire libre, bajo el dosel azul del firmamento, con la lámpara ardiente y bella del buen Sol, entre el incienso de las flores prendidas sobre los arbustos, a un tiempo mismo se celebraba el

Santo Sacrificio de la Misa en los tres altares.

Clamó el grato estruendo de las bandas de música; sonaron los acordes, los suaves arpeggios y las nobles cadencias del órgano, como si la naturaleza espontáneamente alzara su voz compleja entonando un sublime himno místico: y formaron coro los orfeones de muchachos, de señoras, de niños y niñas, y desde las ramitas de los árboles también los pajaritos mañaneros.

Durante largo espacio, en el silencio reverente de la multitud, vibraba como voz unánime el fervor apasionado, arrebatado, de un sacerdote.

Y llegó un instante soberano, indescriptible. Algunas decenas de sacerdotes vinieron desde los altares a repartir el Pan de los Angeles.

¡Oh! Boquitas, como rosas frescas, de las niñas, corazoncitos inocentes, pequeñuelas personitas, amiguitos de Jesús que amó vuestra compañía...; las Hostias llegaban a vosotros para abrazarse con las almas cándidas, para alentaros con la fuerza divina de la Gracia disponiéndose a caminar las fragorosas sendas de la vida moderna.

A Ti, Jesús, llegaron en tropel, en bandada blanca, en muchedumbre entusiasmada, millares de niños esta mañana.

¡Hadlos cimiento del futuro, guardadores del Ideal, apoyo de la civilización, realidad venturosa del pueblo que hoy contempla en ellos su esperanza!

Que siempre vivan, como están, unidos en Ti.

Que sean ejemplo, como hoy lo han sido.

Que hagan, unos pobres y otros ricos, armónica y amorosa su vida, con la fraternidad que han adorado hoy a su Padre Celestial.

Alumbra sus frentes, porque nacieron en época de confusión.

Sana sus voluntades, que han de florecer en una sociedad corrompida.

Sostenlos siempre puros, libres, cristianos y santificados.

¡Qué fiestal ¿Hay nada más conmovedor y más hermoso?

Como un río de blancas esperanzas, han desfilado por los senderuelos del Parque los grupos encantadores de niños.

Cantaban con fervor, con exaltación: sus espíritus estaban fuertes por la asistencia eucarística.

Los hemos visto desfilar con la emoción inconfundible de las escenas sublimes.

Y hemos llorado, sí, los que tenemos tan generoso el ideal como la sangre; hemos llorado al escuchar a una niñita muy pequeña, muy pobre, muy linda, con su vestidito blanco, preguntar cándidamente, mientras señalaba el conjunto inmenso de los pequeñuelos cantando:

—¿Será así la Gloria?

¡Que Dios premie al iniciador de esa fiesta inolvidable!

Madrid, 28 Junio 1911.

EGOS POSTREROS

Continúan como un eco prolongado los comentarios. Continuarán por mucho tiempo.

¡Cuántos vanos prejuicios desvanecidos! ¡Cuántos tópicos vulgares del anticlericalismo deshechos!

Y no por virtud de argumentos — sobre ignorantes, indiferentes y frívolos, los argumentos más sólidos resbalan sin dejar huella—, sino por la eficaz impresión plástica de los hechos.

El catolicismo español tiene contingentes incontables. La juventud, en alas del entusiasmo generoso, honrado y sincero, se alista bajo sus blancas banderas. El pueblo obrero retorna buscando la compañía segura de Jesús, que fué Obrero y Maestro de Justicia y Amor. Las clases intelectuales, en su representación más alta y más seria, permanecen fieles, con denuedo mayor que nunca, y en días como los presentes, en los cuales esa fidelidad intelectual implica tesoros de rectitud, de esfuerzo, de abnegación y desinterés.

Se ha visto con ocasión del Congreso Eucarístico. La procesión solemne del día de San Pedro ha sido testimonio público e irrefragable, a través de las calles, bajo la luz del sol, y ¡cuántas cosas más!...

A lo largo de las aceras, entre la multitud apiñada, las sonrisas sarcásticas de los adversarios se helaban una vez y diez veces al paso de la procesión.

Aquellos rostros francos, nobles, del cortejo, no eran los rostros torvos y descoyuntados de los antros revolucionarios.

Aquel orden era reflejo de un ideal santo y fecundo.

Aquella arrogancia sin majezas, era un valor prudente, pero indomable; acaso, para muchos, se haya hecho patente por primera vez algo muy antiguo: que la humildad tiene una arrogancia espiritual, signo de verdadero valor.

Además, ¡probadlo!, los frailes no son monstruos, ni siquiera pequeños tiranos, ni tienen parecido con las caricaturas de *El Motín*. ¡Qué efecto productan los grupos de frailes, al pasar, en los espectadores anticlericales! Lo estuve observando, delectando con escrupulosidad las impresiones. Verdaderamente, ninguna nota tan victoriosa.

Cuando aparecían las primeras filas de frailes, los anticlericales avanzaban instintivamente; a ser posible, se hubieran puesto todos en primera fila. Se les llenaban los ojos de intención y las muecas de sorna. Se les veía que, impotentes para maltratarlos, estaban decididos a reírse, con una risa más intensa cuanto más íntima y contenida.

Pero... ¡qué cosas! Sucede que los frailes, vis-

tos en conjunto, en pleno día, entre muchedumbres de gentes del mundo, resaltan por su mayor naturalidad, por su silueta más sencilla, por su gesto de trabajadores, por su expresión más tranquila y más confiada, por su mirada menos agresiva...

Yo no sé si logro explicarme; pero os aseguro que viéndolos entre Generales, abogados, obreros, estudiantes, escritores e industriales, se saca la impresión de que son los más inocentes.

Así, al llegar delante la tercera fila de frailes, las risas anticlericales desaparecían, y se advertía, sustituyéndolas, una atención por sorpresa que luego era profunda y acababa en reflexiva.

Y llegaban los mercedarios, con sus capas amplias, largas, blancas, sin mácula, en pliegues rotundos, severos, a la antigua; dejaban una sensación de nobleza espiritual, de severa alegría, de elevación mística. El recuerdo de la Merced de antaño aleteaba en un ambiente de gratitud y de respeto.

Pasaban más tarde los franciscanos, con sus tonsuras ridículas y sus sayos burdos... Parecía —un instante— que, al fin, las risas iban a estallar... ¡pero se helaban, las bocas se fruncían en secol. Se veía flotar un presentimiento: aquella humildad, de superficie grotesca, tenía raíces conscientes y muy alta significación meritoria...

De toda la procesión, nada ha impresionado tan poderosa y favorablemente a los anticlericales como el desfile de los frailes.

Esto no quiere decir que lo confiesen. Entre otros obstáculos, ¿cuántos serán capaces de analizar sus sensaciones y de formularlas?... Pero la impresión queda dentro y dará su fruto.

El comentario unánime entre los adversarios es admirativo. El número, la fuerza, les agobian; pero lo que les anonada y les admira es la organización.

¡Qué notables!...

Lo que a mí me admira —una vez más— es la imbecilidad del liberalismo. Es el error menos intelectual, más vago, más idiota; por eso toma fuerza afiliando manadas de carneros; pero, ¿hay espectáculo tan asombroso como el absurdo viviente?

El liberalismo proclama la rebeldía individual; revoluciona, negándolos, todos los vínculos naturales y eternos, sin reconocer más que los transitorios y caprichosos; todo para venir a parar en sentirse subyugado por la majestad de la organización...

El liberalismo es por naturaleza individualista, atomístico, inorgánico; hasta en su forma fantástica de socialismo se echa de ver, rascando un poco.

La organización supone orden, plan, fin, deber, sacrificio, solidaridad.

La Tradición, que es la solidaridad para los fines nacionales, es por excelencia orgánica.

El Catolicismo, que supone no ya la solidaridad humana, sino de cuanto pueda existir desde

el Principio hasta el Fin de todas las cosas en el vasto conjunto del Orden, es eminentemente orgánico...

Pero el liberalismo?...

¿Qué unión puede haber, qué relación de autoridad y obediencia, qué comodidad de vivir coordinadamente, entre los que por definición se aíslan, por principio se declaran soberanos independientes y por ideal proclaman la libertad individual sin límites, anárquica?

La organización es fácil, es perfecta, para cosas grandes y para cosas pequeñas, cuando los hombres que constituyen sus elementos están regidos por una misma ley inmutable y se abrazan voluntariamente al deber por adhesión a un fin, cuando los une fraternalmente un fuerte amor superior a todos los interiores movimientos egoístas.

Nada como la Eucaristía, el amor de los amores, une a los humanos con vínculos sobrenaturales, que refuerzan los naturales de unidad de especie, de origen y de fin.

Y se me ocurre pensar en un aspecto interesantísimo, eco transcendental para España, del Congreso Eucarístico. ¿Qué no hará por la restauración de la Patria el divino influjo del Sacramento, administrado estos días a centenas de miles, a millones de españoles?...

¡Abramos el alma a la esperanza!

Madrid, 2 Julio 1911.

ARQUITECTURA Y TRADICIÓN

Arquitectura y Tradición.

En el Parque del Retiro, ocupando un palacete amplio y gracioso, está abierta al público, hace ya algunos días, la Exposición de Arquitectura.

Creo que es la primera; de desear es que no sea la última.

Tal vez ningún arte seduce tanto, aunque sea la que menos frecuentemente, sobre todo por sí misma, logre conmovernos.

La Arquitectura es la sociología del arte: es una síntesis útil de todas las demás artes plásticas.

Un monumento sugiere evocaciones más fuertes, más complejas, más realistas, más aromadas de vida que un cuadro y que una escultura.

Al fin y al cabo, esculpir y pintar es imaginar, es representar un ensueño. El pintor compone una escena de la vida, como él la ve o como él quiere verla. El escultor modela perfecciones poco comunes, y se recrea en dar majestad y armonía al plegado de los ropajes. El pueblo dice: "pintar como querer", y con ello expresa que el arte idealiza, corrompe — aunque sea para mejorarla — la realidad de las cosas.

Pero la Arquitectura es vida viva. Una piedra

sillar de otro tiempo nos evoca la sociedad, las costumbres, los hombres que la labraron, que la tuvieron por suya, que la utilizaron en el transcurso de la realidad de que formaban parte: es un pedazo de aquella realidad.

Se necesita cierto exceso de cerebración para proporcionarse el placer contemplativo de la pintura, de la escultura. Sea por lo que fuere, no todo el mundo siente esas artes, y la necesidad de esas artes.

La arquitectura, no. Una modesta casita, sencilla, clara, recogida, bien trazada, es un ideal de todo hombre, aun mísero y zafio. En un pueblo rural, el labrador para mientes en su casa, a ratos la contempla, se enorgullece de ella o envidia algún detalle para mejorarla, para embellecerla.

Hasta en el régimen urbano de los pisos alquilados, una escalera oscura y estrecha nos preocupa desagradablemente; un ventanal bien rasgado que da entrada libre a la luz, una habitación alta, graciosa, nos encariñan.

¿Comodidad? Sí; pero también arte. Y arte hecho vida real. Porque el ánimo mejora cuando las paredes del hogar tienen una traza que se concibió con arte. ¿No habéis notado como en muchas casas el viejecito impedido tiene un rincón predilecto? Y ¿no habéis advertido también, que las pláticas diarias de familia, las charlas más felices, el estar más tranquilo y más íntimo, en todas las casas, buscan, insensiblemente, la habitación más

bella, la que tiene ese *no se qué* atractivo, que es... un algo artístico?

Remontad gradualmente la imaginación y desde el ideal del hombre zafio y misero, subid hasta el opulento y el refinado...

Y no os limitéis a la consideración del hogar. Vivimos también en la calle, en la ciudad. Gustamos de la vías amplias, armónicas, bellas. Una ciudad fea, es enojosa; una ciudad hermosa, atrae, retiene, se hace amar, porque, como la mujer que se engalana para agradarnos, nos recrea y nos enamora... probablemente.

Tiene España una ciudad que es toda monería: San Sebastián. Pero adolecía de un defecto: los teatros eran feos. Pues a los dos días de pisar la población por primera vez, las gentes del país os habrían repetido cien veces la misma queja lastimera:—¡Los teatros no valen nada!

Y se daba el caso de que, en pleno verano, cuando los forasteros dispuestos a derrochar dinero y divertirse pasan de cincuenta mil, los teatros de San Sebastián, que no eran muchos, con buenas y con malas compañías, estaban apenas concurridos.

¿Por qué? Cuestión de arquitectura.

Para bordar el tema podría hablaros de los templos. Son la prueba más terminante del profundo sentimiento social de la arquitectura.

Las Catedrales representan el alma de una edad. Las viejas Catedrales no son un ensueño

caerichoso, son una realidad cuajada, son la definición de una sociedad.

Yo soy poco afecto al lujo individual. Todo hombre cargado de adornos y joyas me parece el asno de un baratillero.

El lujo individual no es cristiano; y con ello está dicho que no es humano.

Pero me encantan el *lujo social*, la maravilla opulenta de los edificios públicos, de las calles y plazas, de los parques, de las ciudades. Porque ese lujo se da a todos, es un amor fraternal que ofrece generosamente la comunión de la belleza y la magnificencia, alegrando los ojos, recreando la vida.

En España se vive mal; las casas son insoportables y las ciudades descuidadas. El lujo es *individualista*, privilegiado, todo egoísmo y ofensa.

Yo tengo un programa arquitectónico de felicidad social; es éste: la casa muy bella, con un arte tan sencillo como refinado; que hasta el hogar más pobre tenga luz, aire y armonía: la ciudad muy bella, espléndida, magnífica, un raudal de arte, en donde no falte, sino que abunde, la suntuosidad, alhajándola.

Es el programa tradicional de otras épocas, de las buenas épocas.

En España, ¿qué ciudades valen algo, sino las que conservan "piedras tradicionales", o las que son profundamente tradicionalistas?

Al visitar la Exposición de Arquitectura no

podía hacer otras reflexiones. He tenido la satisfacción inefable, incomprensible para las inteligencias obstruidas por los exóticos e imbéciles prejuicios de la politiquería y de los partidos, de observar que en la Arquitectura también se manifiesta el renacimiento tradicionalista de España.

Las notas salientes de esa Exposición, lo que de toda ella resalta casi violentamente, es eso.

Dos geniales arquitectos catalanes—Gaudí, Puig y Cadafalch,—presentan reproducciones fotográficas de obras suyas. Y muestran ese estilo elegante, gracioso, bello, exquisito de nuestros días: el gótico catalán modernizado, de una suntuosidad exquisita; al mismo tiempo, arte, patria y ciudad.

La Escuela Superior de Barcelona presenta admirables copias del natural—hechas bajo la dirección de un profesor, Nebot, artista magistral—de mosaicos y fragmentos arquitectónicos de monumentos antiguos.

Hay en la Exposición una sala dedicada al concurso de proyectos para fachadas en estilo español. La idea del concurso ya supone una orientación feliz. Entre los proyectos concursantes, dos merecen comentario preeminente: por su mérito, el de un palacio para presidencia del Consejo de Ministros, en estilo *plateresco*, y la instalación de un arquitecto montañés, quien para proyectar la fachada de una *casona* señorial ha rebuscado eruditamente el tipo humano, el paisaje, el panorama

arquitectónico, los viejos monumentos y edificios del país; ha querido exprimir el zumo tradicional de la *tierruca*, y juntamente con el proyecto, presenta la colección fotográfica—que es un tesoro—de esas fuentes, de esos documentos donde ha bebido la inspiración genuina de su patria.

Figuran en la Exposición, los proyectos, planos y reproducciones parciales de detalles ornamentales de la futura Catedral de Vitoria: una filigrana gótica, prosecución—artística y social—de las místicas tradiciones arquitecturales.

No faltan proyectos de casitas lindas, claras, sencillas, castizas.

Hay también un proyecto modesto, deliciosamente presentado, de un arquitecto roncalés, muy hábil, de espíritu muy fino: Gamba. Os aseguro que tiene una importancia extremada este proyecto, no obstante tratarse, simplemente, de la fuente pública para un pueblecillo de poco vecindario. Cuatro sillares, pero cuánto arte, qué sencillez con tanto ideal.

Otra nota, las vidrieras artísticas; pura tradición.

Y puede decirse lo mismo de la instalación de un ceramista valenciano, que honra a la industria. Yo he quedado prendado de aquellos azulejos con tan finos esmaltes y tan decorativos dibujos.

Unas guirnaldas de rosas sobre blancura nítida del fondo, son sencillamente un encanto. En esas rosas habla el blasón glorioso del arte valenciano.

La poesía de la flor, el temblor lírico y delicado de las rosas, tardaré en verlo más bellamente expresado que en esas admirables cerámicas.

Ved mis impresiones de la Exposición de Arquitectura, escritas sin intención de eclipsar a Vitrubio...

Madrid, Junio 1911.



JUVENTUD, JUVENTUD

JUVENTUD, JUVENTUD

El viejo espíritu, nuevo.

Hay hombres discretos, graves, frívolos, rectos, venales... Si no recuerdo con torpeza, Pascal expresó como fruto de su observación, que, según los años y la experiencia aumentan, se echa de ver con mayor claridad la inmensa y singular diferenciación de cada hombre con todos los demás.

Asimismo hay familias enanas, forzudas, pendencieras, honradas, alocadas, trabajadoras...

Y hay pueblos nobles, tercos, francos, heroicos, sobrios, vanidosos, glotones...

E igualmente días felices o impíos, insensatos o prudentes o afortunados...

Y hay también siglos santos, guerreros, sociales, ladrones, sabios...

El siglo XIX fué un siglo idiota. ¡Jamás lamentaremos bastante la idiotez del siglo XIX!

En las épocas paganas, en los oscuros días de crueldad y de atraso, en las clases salvajes del África central, en las civilizaciones corrompidas de los indígenas americanos que hallaron nuestros conquistadores y navegantes; siempre y en todo

lugar ha habido dolor e injusticia, pero ha habido lógica, restos, cuando menos, de buen sentido.

El ilota, el perieco, el ergastulario, el siervo, el hombre humillado, *infra puesto* en la sociedad, buscaba su interés al mismo tiempo que se sujetaba a la fuerza. Servía, para servirse a sí mismo, y ni le hubiera convenido otra cosa, dadas las circunstancias sociales de su tiempo, ni hubiera podido lograr librarse, ni se le podía ocurrir intentarlo.

La mejor prueba de que había lógica y buen sentido en medio de tamañas injusticias, está en la frecuencia con que se muestra el espectáculo de una evolución saludable, progresiva, sin reacciones ni violencias, en la que van libertándose las humildes clases sociales, abriéndose plaza y derecho, con el común auxilio y beneplácito.

En cuanto el mundo tuvo oriente, es decir, cuando el Evangelio dió a la inmensidad de los espacios la lumbre esclareciente de sus enseñanzas, de un ideal siempre remoto por extremadamente perfecto, la evolución fue segura, rápida, magnífica.

Así en la Europa medioeval, aparecen las clases medias, la servidumbre es un contrato bilateral de mutuo beneficio, se elabora y realiza la igualdad ante la ley, se organizan las fuerzas sociales, para hacer la vida tranquila y ordenada como la marcha de un reloj; los intereses materiales e intelectuales buscan el mejor y más práctico

y decoroso acomodó en los cauces verdaderamente democráticos, y las naciones se constituyen en el crisol de la unidad natural al fuego vivo y grato de la unidad espiritual...

¡Oh, tiempos de paz, andariegos por las fáciles y seguras sendas del progreso!

Pero, de pronto, todo se interrumpe, todo se desquicia, todo el edificio, a punto de terminar, se viene abajo.

Ello fué obra de una bomba.

Bomba de dinamita intelectual.

El hombre quería ser libre...; no quería sujetarse a Dios, no debía sujetarse a la tradición y la costumbre, no soportaría el yugo de las organizaciones, hasta blasfemaría de la Patria y de la familia.

La familia, la Patria, la autoridad de los organismos gremiales, concejiles, regionales, tutelares, religiosos y científicos, hasta la autoridad de la experiencia de sus mayores y la misma autoridad de Dios le humillaban, le impedían desenvolverse progresivamente: ¡él era libre!

Todo quedó roto, todo quedó deshecho: la sociedad, al embate de aquel vendaval, se hizo polvo y giró vertiginosa, locamente, cegadoramente, en una espantosa tolvana.

El hombre libre... fue miserable, desgraciado, sin consuelo.

Víctima de todas las tiranías—el fisco, los caciques, los políticos, los enemigos, los malos jue-

ces, los elementos, sus propias y naturales desventuras—se encontró solo: le esperaba la muerte y él no esperaba en ella; renegaba de la autoridad y él mismo daba el voto para que le mandasen y le sojuzgasen sin responsabilidades de ningún género; proclamaba su derecho a la ciencia y era juguete del periódico escrito por gente audaz y desaprensiva sin carrera, ni oficio, estudios, ni moralidad, borracha, desafecta a los padres muy a menudo, aventureros de un hampa que usaba la pluma como ganzúa y la tinta como veneno.

Y como los intereses, las fuerzas sociales estaban desorganizadas, la vida era toda dolor y miseria.

Al cabo, en medio de la confusión, los más sencillos se embrutecieron, los más audaces se encanallaron, y los mejores, desesperados, intentaron vencer, hasta caer desfallecidos, apocados e impotentes.

¡Fue entonces—casi un siglo—la era de la imbecilidad!

Lo absorbió todo el pequeño mundo de los canallas, aupados sobre el poder.

No se gobernaba, se disfrutaba del poder.

La única preocupación social e individual eran los canallas de las alturas; todo el mundo sabía sus nombres, sus idas y venidas, su historia, sus apellidos, sus casas, sus figuras y sus facciones. ¡Diríase que no había otra cosa en el mundo!

De ellos se esperaba todo; de ellos dependía

todo; ellos lo podían todo. El resto de las gentes repetía sus palabras, seguía sus indicaciones y les daba sus votos.

Además de llamarse Juan o Pedro, parecía obligación servir a uno de aquellos amos, ser *fulanista* o *menganista*.

Y unos grupos contra otros, perpetuamente luchaban, guerreaban, como manadas de carneros bravos. Los altos pensamientos volaron. Ni Patria, ni Dios, ni ciencia, ni paz, ni orden.

Y hasta los buenos fueron inficcionados.

¡Oh, siglo idiota, imbécil!

Contra ti se levanta la nueva generación; contra tu estulticia y tu canallera.

¡Te jura eterno aborrecimiento!

Será cristiana, patriótica, social, práctica y honrada.

Contra tu ateísmo, tu indiferencia o tu bestial soberbia, cultivará sus más nobles deberes de hombres, sus relaciones con Dios, su imitación a Jesucristo.

Contra tu humanitarismo internacional, o tu descastamiento cínico, guardará el culto de su blasón, de su sangre, de su idioma y de sus mayores.

Contra tu sandia inorganicidad rebelde, neciamente egoísta, apretará por el amor los vínculos de la solidaridad en las agrupaciones naturales: la familia, la profesión, el municipio, la región, la Patria.

Contra el idealismo, el utopismo, el intelectua-
lismo y el pedantismo, observará los dictados de
la experiencia tradicional, recogiendo el legado
de saber de sus mayores, perfeccionándolo y en-
tregándolo a las generaciones sucesivas.

Contra tu índole desamortizadora, pucheril,
nepotista, chanchullera, impía, sacrílega, corrom-
pida, concubinaria, asesina y fratricida, propu-
gará la justicia, el orden y la moral.

¡Aunque nos cueste mil veces la vida, traere-
mos tu huella!

La Juventud española te odia por malvado e
imbécil.

La Juventud española tiene conciencia de su
misión.



Psicología literaria.

Los cruzados de la Causa.

La guerra carlista, de D. Ramón del Valle-Inclán, ¿es una novela más al cabo del año?

¡Se publican tantas!

Conviene advertir, sin embargo, que muy pocas flotan en el recuerdo, pasado algún tiempo, y que son demasiado escasas las transmitidas de generación en generación, nimbadas de gloria y con legado a perpetuidad de crítica ardiente y turiferaria.

El éxito perenne de éstas mueve a pensar en una razón sólida y una lógica inquebrantable donde apoyen su existencia.

Y da ocasión a distinguir entre la humana flaqueza, indefinidamente varia, que finge arte, y el arte verdadero, hijo legítimo de una superior filosofía de inspiración.

Hay un objeto propio de la ciencia, que es la verdad. Hay una ciencia magna, la filosofía, cuya verdad se refiere al orden debido de las cosas, según su fin y naturaleza.

Por otra parte ¡siempre por otra parte!, está el tropel confuso de la vida.

Aunque el logro de la verdad es una servi-

dumbre suya, el tesoro conquistado no pasa a formar parte de su caudal íntegro, ni directamente.

La vida es un complejo feroz que sólo puede ser dominado por una síntesis formidable.

Llevar directamente sobre la vida, reglas, cuadrículas y *ergos* es como echar varillas de cristal en el Maelstrom.

Esa síntesis formidable es el arte, en el cual la verdad alienta vida, y sobre la naturaleza y el vicio de las cosas, y el desorden de sus relaciones actuales, fluye el hábito de su sentido eterno.

Porque donde no caben los aparatos lógicos del filósofo, llega y pasa la lógica más sutil y más comprensiva, como más sencilla, del artista.

Lo que alcanza y lo que no alcanza en su asiduo estudio, por motivos de tiempo, el hombre de ciencia, lo funde con el fuego de sus relámpagos la inspiración.

Suponed una inspiración perfecta que lo abarque y lo ilumine todo; si acontece en un hombre ese hombre será Dios, y su obra, supremo arte, la Religión.

Ha sido atisbo humano apellidar divino al arte.

Sin hablar aquí de la acción religiosa, el arte es quien pone sobre las sociedades el impulso de sus movimientos. Los pueblos que no le han poseído no son pueblos civiles. Lo que se ha escrito de existir arte entre los animales, son devaneos

de pobres gentes que pretenden hacer brotar ciencia lejos del Manantial.

Ejerce su impulsión el arte por extensas corrientes emotivas cuyos conductores son los grandes sentimientos: del amor, la naturaleza, la virtud, la Patria.

Así Solón mudó Atenas apocada en conquistadora, con la representación de una farsa admirable, cuando, aparentando locura, entonó en la plaza pública su elegía de Salamina.

Y las recitaciones de Homero fueron una vez, y otra, y otra, base regeneradora de los estados griegos.

Así también cuando nuestra epopeya de los *Gestas* y de las *Crónicas* quedaba lejana y su ánimo, el ánimo español, víctima de los exotismos llegados con el siglo XV, mordió el pasto descomunal de los *libros de caballerías*, el ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha desfizo el entuerto.

La idealidad española perduraba, pero desorientándose. A enrairlarla vino Don Quijote.

Marcaron un límite los desvaríos genuinamente esplandianescos, exóticos, que Cervantes subrayó de locura.

Otro límite fue Sancho, encarnación del sentido común, al que sólo pueden ser concedibles, en precario, los manejos usuales.

Por en medio destacó ese otro Don Quijote— más bien Quijano el Bueno —, a quien el manco

ilustre tituló ingenioso e hidalgo: elevado de razones y afectos, cristiano, austero, justo, artista, altivo, valeroso, inquebrantable. ¡El genio idealista de la raza!

Y a este Don Quijote, eludiendo que pareciese un vano ensueño, Cervantes le hizo discurrir razonablemente y brillar por sus altas cualidades, entre pastores, rameras, hampones, arrieros, menestrales, dueñas, pajes, duques, bachilleres, tonsurados e hidalgos; en aldeas y ciudades, imprentas o palacios: toda una exacta exhibición de España.

Lo que no consiguieron las impugnaciones de Ariosto, de Rabelais, de Valdés y otros muchos, alcanzó Don Quijote contra los libros de caballerías.

Pero no fue, ni podía ser, triunfo de la dicción, del realismo, de la fantasía inventiva, u otras aisladas enfocaciones de los que no aciertan a ponerse al habla con el hidalgo.

Triunfó, porque ese libro contiene en síntesis toda la verdad de nuestro carácter nacional, y en tanto que subsistan rescoldos, le tendremos en exaltado amor, y su lectura promoverá depuradores desdoblamientos del españolismo adulterado.

Cuando ya sólo tenemos vagas reminiscencias de qué cosas sean imperios coloniales, llegan noticias de recientes monumentos a Cervantes,

*De la América ingenua que aún tiene sangre indígena,
que aún reza á Jesucristo y aún habla en español.*

Es que allá dejamos herencia de raza y de carácter...

No ha sido capricho ejemplificar con modelos de arte cuya emoción actúa sobre la complejión nacional.

Rechazada la invasión francesa, la hermana Clío negó su soplo magnífico a nuestra historia. La índole propia lleva cien años sepultada bajo un aluvión de exotismos estúpidos. España, durante ese lapso, ha sido el rincón de los trastos viejos de Europa.

Vida pública traducida, arte de traducción, lo más íntimo, sea la cocina o las ropas blancas, de extraña procedencia.

Un patrimonio colonial malbaratado en prosti-tuciones; la fama de nuestra dignidad heroica echada al Oceano a bien bajo cambio; administración sucia y desportillada, como gamellón de cebar cerdos; un pueblo desmoralizado sistemáticamente con liviandades como el sufragio y adulaciones como el Jurado; la responsabilidad de la representación escamoteada en una ficción constitucional; acaparada la nación por un núcleo central que, sobre explotar, expoliar y derruir las regiones, las veja con celos e imputaciones insidiosas, y ese núcleo distribuido entre sátrapas, taifas, oligarcas o aventureros políticos, en los que la parlería sustituye ideas y la ambición suple la buena fe, simios de fuera y déspotas crueles de dentro; añadamos la murmuración en sus mil facetas,

impresa a diario sobre papel, y el derecho concedido a la ignorancia y a la brutalidad para arrojarse las consideraciones del pensamiento: ¡he aquí un resumen de cien años!

En ellos no refulge más que una brasa donde el espíritu de la Patria se ostente limpio y encendido: la guerra carlista.

¡Esa lucha por la independencia de algo más que el territorio nacional!

En la época de formación pudieron componerse las *Gestas* que levantaban acta de fe de la constitución psicológica de la raza. En el apogeo, el *Quijote* pudo desbastar y hacer el retocado definitivo. En la decadencia había que exhumar la única reliquia que conservábamos.

Esto ha hecho en su último libro el ingenioso hidalgo D. Ramón del Valle-Inclán.

Descollando en la literatura contemporánea, aunque aspiró el perfume voluptuoso de las rosas francesas, su temple hispano y su alto sentido artístico habían de tener un momento de inspiración robusta y castiza.

En él han brotado *Los cruzados de la Causa*, primer volumen de una serie.

No es historia, ni es invención esta novela; es una apología psicológica y patriótica. ¡Heme aquí —dice el genio ibérico surgiendo entre sus líneas.

Surge el espíritu monárquico por la evocación de un Rey, buen cristiano, que parte el pan con sus soldados en las penalidades de campaña.

El concepto de servidumbre social que implica la jerarquía aristocrática, mediante el Marqués de Bradomín, que vende haciendas y mayorazgos en provecho del interés colectivo.

El sentido patriótico de la Iglesia, en la madre Isabel desposeyéndose de sus joyas para sostener guerrilleros y no hallando sosiego interior hasta prestar la cooperación de sus auxilios en los peligros de la guerra; y en aquel canónigo Minguños—proyección en el libro del amparo, fomento y cultivo a ciencias y artes que por siempre distinguió a la Iglesia—, que gustosamente aporta las riquezas de la Colegiata, salvas las riquezas artísticas.

El nervio religioso español, en aquellas escenas trágicas donde el pueblo repugna que se arranquen los hijos de sus hogares, pretestando contribución de sangre a la Patria, para obligarlos a infamar la fe de sus conciencias. En aquella madre de corazón cristiano y temple de Esparta, menos dolorida de ver asesinado a su hijo, perseguido por justo, que vivo, pero esclavo de una tiranía, crucificando a Jesucristo. ¡Bella figura, que rememora tiempos viejos, cuando se decía a los hijos: “Defiende la plaza hasta morir; si mueres tú iré yo, y si muero yo irá tu madre.”!

¿Qué es aquella hermana Francisca, pobre aldeana, por devoción al servicio del convento, donde al cabo de algunos años profesará sin dote; que se impone resueltamente cuando los soldados,

borrachos, intentan afrentarla; que escapa ante la profanación del templo, y llora de emoción, conmovida por la apología de un paternal Gobierno, sinó representación del pueblo, devoto, laborioso, paciente, íntegro, brioso, justiciero y sencillor?

Y la hidalguía clásica de la tierra, forjada al ritmo del romancero, encarna sobre *Cara de Plata* y su padre D. Juan Manuel de Montenegro.

Ese *Cara de Plata*, "que tiembla de que nadie le mande", en el capítulo III — de un realismo algo duro al modo clásico —, cuando su sangre joven por la que corre el ansia hazañera, hierve de pasiones, y con frase bárbara e ingenua maldice de su padre, ¿no hace batir el vuelo en la memoria a aquellos versos que el *Romancero* pone en boca de Rodrigo, dirigiéndose a Diego Láinez?:

*Si otro que vos lo dijera
ya me lo hubiera pagado.*

Don Juan Manuel, imperioso, violento, franco hasta la agresividad, independiente, con su ley propia y su fuero altivo, cuando expresa que él haría la guerra, pero no por un Rey, ni por un Príncipe, ¿no insinúa la sospecha de

que es como el Cid, que ninguno le manda?

Su depreciación por códigos y leyes, ¿no confronta con la observación aguda de Ganivet en el *Idearium*, de que el carácter español posee un

profundo sentido de justicia, en el cual se contrasta la imprecisión de las leyes escritas con la consecuencia de su descrédito?

Estos dos personajes se mueven en escenas un poco turbias y fangosas; sus almas, en flexión, muestran energía para escalar las más altas ramas del laurel de la gloria; pero fermentan y se corrompen en el ambiente desespañolizado y en la poquedad aldeana. Rememoran el apotegma de Quintiliano: "Los grandes espíritus ociosos, se emplearán en la maldad."

Esos hidalgos son la simbolización de la audacia, del *quid* épico, del instinto de grandeza, del elemento más activo en el carácter hispano. Significan: campeadores, capitanes, comuneros, conquistadores, inquisidores, personeros en Cortes, pintores y poetas.

"El pueblo está corrompido por la miseria, y la nobleza cortesana por las adulaciones y los privilegios; pero los hidalgos, los secos hidalgos de gotera eran la sangre más pura destilada en un filtro de mil años y de cien guerras,"—dice el Marqués de Bradomín.

Esto es, pues, el libro: una apología del genio patrio en su última aparición colectiva.

Un poema de la decadencia, de arte exquisito en el que la sobriedad es refinamiento, y el verbo, a más de preciso, rico y eufónico, da plasticidad a los conceptos, lleva a los nervios la sensación de las cosas y se matiza con irisaciones evocativas.

A mi entender no serán los carlistas los mayores admiradores de este libro. Lo que no es de extrañar ni de lamentar.

No es de extrañar, porque seguramente este libro no fue escrito para aquellos de quienes toma su sustancia.

Ni de lamentar, porque sobre quienes interesa que influya son aquellos que tienen enterrado en el fondo de su estructura psíquica y dormido en la corriente de la sangre el espíritu de la raza.

¿Hará su oficio? ¿Llega en tiempo?

Parece ser que llega.

A esta hora ya se advierte que los dos movimientos populares más vigorosos y más sinceros de la actualidad, el regional y el social, son reacciones tradicionales; la juventud viene con más entusiasmo y más número que nunca a las banderas de Don Carlos; en los seminarios se forma una generación de sacerdotes inteligentes, sabia, de férvida caridad, dispuesta a cooperar intensa y extensamente a la reconstrucción interior.

Al otro lado, cierta Prensa — palanca? — desprestigiada, en bancarrota, con campañas que son estertores y delirios finales. El bloque de izquierdas, confesión de impotencia, lanzada por fauces que no necesitan aperitivos, coreado por la mofa nacional, y la juventud intelectual, sonriendo ante el requerimiento de Moret, que supone tanto como aborrecer plebiscitariamente la política de los yernos, de las panzas, de los tópicos, de los discurs-

sos y los artículos sin fondo, y de los cerebros globos cautivos de París. Lo más serio a esta parte, el Sr. Maura y su partido: el Sr. Maura, cuyo esquema político consiste en arrancar al programa de tradición, jironcillos deformes y flocaduras, lo único bueno, según el juicio de su criterio exotizante; y su partido, un producto inútil y de buen tono, como los de Roger Gallet, compuesto de doctrinarios, jovencillos de aspiraciones y señoras que matan el rato admirando ponderosas el vestuario de Don Alfonso y la belleza de Doña Victoria.

En un campo neutral, la juventud que piensa y escribe. Precisa comenzar por Gavinet, el ma-logrado, maestro de esta juventud; su *Idearium español* es un embrión de libro sobre la reconstitución ideal de España; he aquí una frase: "Cuanto en España se construya con carácter nacional, debe de estar sustentado sobre los sillares de la Tradición". Recuérdese que otro maestro es Rubén Darío, un poeta que siente la Patria americana a través de la España tradicional:

*Sangre de Hispania fecunda, sólidas, inclitas razas,
muestren los dones pretéritos que fueron antaño su triunfo.*

En estos momentos acaba de ganar buen puesto un escritor joven con una obra de valor, *Casta de hidalgos*, de sabor marcadamente tradicional. La *Leyenda y Retratos*, de Zayas; *Las hijas del Cid*, de un autor, por cierto, que como ciudadano,

es un Robespierre; pero que como poeta, para tener un triunfo definitivo, ha tenido que abrevarse en el Romancero; el *Gerineldo*, que acaba de estrenarse en el Español, son datos de interés.

“Los que han sido víctimas del modernismo, con todas sus exageraciones, son hoy unos hombres discretos que estudiaron y trabajaron por recoger el viejo y perdido espíritu español tradicional y añadieron la novedad en él, una novedad juvenil, de retoño, en el roble nacional,”—ha dicho, con tinta aún fresca, Bernardo Candamo.

Habría labor para mucho espacio, pero con lo apuntado basta.

El ambiente, pues, se halla propicio.

La guerra carlista llega en tempero y abrirá buen surco.

Tal vez por lo refinado, exquisito y algún otro motivo, este libro es como el voto en pro de la Tradición, a nombre del estamento nobiliario.

El del eclesiástico no ha faltado nunca.

El del estado llano, unánime, le darán como fruto los adoctrinamientos de Mella.

Y así es como desde el punto de vista literario también se alcanza a ver el porvenir de España cimentado sobre el triple basamento tradicionalista: teología cristiana, política monárquica y democracia social.

Alrededor de un libro.

RICARDO LEON

Estos días ha salido al público una nueva novela: *El amor de los amores*, del ya muy ilustre literato citado.

Leyéndola he sentido levantarse en tolvana ideas y esperanzas que concebí hace tiempo acerca del porvenir literario—y social—de España.

El amor de los amores tiene el claro linaje de nuestra castiza literatura mística.

Para el observador agudo es cosa harto evidente que hace algunos años viene operándose una reacción imponentísima en el alma nacional.

El siglo XIX, en su postrera mitad, fue eminentemente "progresista", quiere decirse, vacío, hinchado, anodino y juguete veleidoso de los vientos criminales del pensamiento revolucionario.

Salvóse, mal que bien, el pueblo rural, con gran parte de su clero, y además, algún pensador—pocos,—y muy escasos literatos: Menéndez Pelayo, Pereda, Alarcón... cada cual a su modo. El resto pereció lamentablemente, y todavía hoy padecemos, en pleno campo católico inclusive, la

vacuidad, la hinchazón, la anonidez y consecuencias.

De aquel envenenamiento e idiotización nacional resultó la crisis religiosa, social y política, con su lógica transcendencia a la esfera individual, es decir, un malestar de todos y de todo, que se tradujo en el grito unánime de: ¡Regeneración!

Aquel grito, aunque desacordado e irreflexivo, era sincero: equivalía a la acción de la *vis medicatrix naturae*, en su pugna por defender el cuerpo de la Patria.

Reaccionaron las energías, y aparecieron como elementos pujantes, que antes parecían dormidos —a excepción de parciales sacudidas— o quebrantados para siempre, la fe, la magnanimidad y el sentido histórico; la tradición, en suma.

Desde entonces—llean el lapso un puñado de años—hay dos grandes corrientes de acción en España. La “progresista”, cada día más superficial, que es el avance mecánico de las consecuencias desprendidas del siglo XIX, y la “tradicional”, progresivamente más intensa, todavía interior, de un valor reconstructivo extraordinario, que representa la vuelta de la salud.

La primera ha llegado ya hasta los límites del absurdo: la política injustificable de Canalejas, la actitud bizantina de Maura, la glorificación de Ferrer, la práctica del atentado personal como costumbre pública sin sanción penal y la pornografía estúpida. Todo ello indica la decadencia de

esa corriente, que su raíz es vieja y está agotada; por eso todo el mundo espera algo nuevo, porque advierte la oquedad en que se sustenta.

Además, ese rebosar loco, hijo de un impulso lejano que es simple e irresponsable velocidad adquirida y desorientada, sobre significar debilidad de la corriente progresista, hiere al más elemental buen sentido de las gentes, aumentando la intensidad y la cantidad de la corriente opuesta.

En resumen: hoy la piedad y su espíritu es entre los católicos más fervorosa que hace algunos años; la juventud es en mayor número conservadora—en el sentido puro de la palabra;—hay más gentes que vuelven sus ojos al pasado, y las llamadas “derechas,” dejan ver una arrogancia caballeresca, que antes era patrimonio de los únicos que se habían salvado: pueblo rural, clero, algunos pensadores, etc.; o lo que es igual, la comunión tradicionalista, en la que se fundirán, antes o después, de un modo u otro, todas las verdaderas “derechas.”

Como esta tendencia es, hasta ahora, eminentemente interior, psicológica, evidente parece que sus más claros testimonios se encuentren en la esfera del pensamiento; y como ha nacido por reacción, que pudiera llamarse biológica, es algo vaga, lo cual justifica que tenga una floración principalmente literaria.

Cuando hice crítica de *Los cruzados de la Causa*, primer volumen de la serie *La guerra*

carlista, que escribe D. Ramón del Valle-Inclán, hice notar, muy de ligero y de pasada, el sentido tradicional de Ganiyet, esesutil perspicaz, maestro de la juventud intelectual de nuestros días. Advertí el paladeo de la incomparable grandeza histórica española que hay en los mejores versos del refinado Rubén Darío; la inconsciente, y aun contraria a su voluntad, orientación, de la misma índole—a la que permanece fiel—del poeta Marquina; y hablé de *Casta de hidalgos*, la primera novela que acababa de publicar Ricardo León, con la cual se reputó desde luego, y que era una hermosa evocación tradicionalista.

Desde entonces acá deben añadirse los libros sucesivos de *La guerra carlista*, la última época (1) de "Azorín", y hoy *El amor de los amores*, que marca el derrotero definitivo y altísimo de su autor.

Este libro es sencillamente magnífico. Tiene la fe española, brillante, encendida y elevada como un astro, en sus entrañas; la visión realista, saturada de mentalidad, de nuestra raza; la magnanimidad, caballeresca y emprendedora, de la vieja Patria imperecedera, y el habla majestuosa, rica, entonada, soberanamente bella, de aquellos místicos, maestros de la lengua castellana. Yo he leído *El amor de los amores*, con la grata sensación que producen en los labios unos fragantes pétalos de flor exquisita y lozana.

(1) Este escritor ha cambiado nuevamente el rumbo.

El *Werther*, de Goethe, fué causa de una epidemia de suicidios; *El amor de los amores* dará un impulso poderoso a la fe y al patriotismo. Si los santos dependiesen de alguien más que de Dios y ellos mismos, el último libro de Ricardo León haría surgir santos españoles; con todo, puede que ayude.

La conversión de Zahonero, el hidalgo casticísimo, nacido en mal tiempo para realizar aventuras dignas de su temple, cuya vida, al suelto desgarrar del ingenio y las amarguras, vale por una notabilísima obra literaria; el malogrado Gabriel y Galán; el santo Andrés Manjón y el santo "hermano Juan", me hicieron pensar, hace tiempo, que en España quedaban, a pesar de todo, vivos los elementos espirituales de la literatura mística, en la que fuimos incomparables.

Lo que yo esperaba ha llegado: existe un literato místico, de la estirpe auténtica.

Vendrán más, y vendrá el renacimiento de la Patria...

7 Diciembre 1910.



EL POETA MARQUINA

De todos nuestros actuales poetas, tal vez ninguno ha acertado en el teatro como Eduardo Marquina.

Y su acierto reúne tales circunstancias que parece un grito de orientación lanzado por la patria literatura a sus mesnadas.

Marquina viene del campo radical.

Sus primeras producciones tienen una audacia truculenta, revolucionaria, anarquizante. Se quiso consagrarle poeta civil, al estilo del italiano Carducci.

Pero un día, el nervio recio y vibrante del poeta Marquina sintió la poderosa sugestión del *Romancero*, y su lira preludió una sinfonía verdaderamente honda y patriótica en *Las Hijas del Cid*, primer triunfo indiscutible del poeta, del dramaturgo.

Escribí por entonces, con motivo de un libro de Valle-Inclán, algo como un somero balance de las tendencias señaladas en la literatura escogida del día.

Y profeticé—por una vez en mi vida—que el autor de *Las Hijas del Cid*, un Robespierre como ciudadano, quebrantarfa su habitual camino hasta entonces, para seguir los derroteros más seguros, más firmes, más positivos, más fecundos y más bellos de la tradición. He acertado.

Ignoro lo que Marquina detallada e íntimamente cree y piensa. Pero los signos exteriores, las flores en su jardín interior que rebasan las alturas del vallado mostrándose a la contemplación del tránsito público; sus dramas posteriores a aquella fecha, no dejan ocasión a dudar.

El truculento poeta civil, según ha ido abrevándose en la Historia, hase trocado en otro más alto poeta civil, en cuya lira las cuerdas de la ciudadanía no cantan ya los arpegios dilacerantes de otras veces, sino viriles y arrogantes, el acorde patriótico de las vocaciones de la raza.

Luego de *Las Hijas del Cid*, llevó al teatro *Doña María la Brava*. Este año, ha estrenado en Madrid, *En Flandes se ha puesto el sol* y *La Alcaldesa de Pastrana*. Todas en la misma orientación.

El lector gustará de conocer las lapidarias dedicatorias que figuran al frente de las impresiones de esos dramas.

Ved en *Las Hijas del Cid*:

A LA NUEVA
VIDA DE LOS HÉROES
MUERTOS
CON AMOR Y DOLOR
PARA CONMOCIÓN Y SALUD
¡ DE LA VIEJA CASTILLA
Y A LA INTENCIÓN DE LA PATRIA FUTURA
DEDICO
ESTE CANTO

En Doña María la Brava, es más enamorada,
más contemplativa, más profundamente tradicio-
nal la dedicación del poeta:

A
LA VIEJA IDEA
DE JUSTICIA
EXALTACIÓN, PASIÓN Y BLASÓN
DE NUESTROS NOBLES Y DE NUESTROS PLEBEYOS
(QUE HA ENGENDRADO, ENGRANDECIDO
FIJADO
Y PERPETUARÁ
LA RAZA CASTELLANA
DEDICO
ESTOS CANTOS

En Flandes se ha puesto el sol, es una página de la declinación, llena de fragancia española, activa, generosa, idealista, apasionada, genial y bella. El imperio español se desmorona, abriendo heridas de dolor y amargura en el corazón de la raza: el orgullo, la espiritualidad y el vencimiento de la Patria, son la carne donde el poeta moldea su héroe representativo.

Ved qué alteza dolorida, la de estos versos, en que está la significación del personaje:

Nos llegamos
a esta guerra los de España
que, en tres meses, caminando
por tres reinos, con la espuela
polvo español levantamos.
Salimos... y, por merced,
la Europa nos abre paso;
que, como somos mendigos,
nos dejan ir mendigando.

.....
Pero como era al partirme
de dos mundos soberano,
y hoy, al pisar un sendero,
me obligo a un dueño, pisándolo,
no estoy hecho a ser tan poco,
después de haber sido tanto;
quiero cubrir con palabras
el vacío en que me hallo;
para esconder que me falta
la espada, agrando mi manto:
el gesto no he de agrandarle,
que, como estaba en mi mano
el mundo, aunque él ha caído,
la mano quedóse en alto...

Grandeza española con el imperio de su ma-
jestad natural, que hasta cuando decae se hace
amar y admirar, dejando su huella inmortal don-
de quiera...

Y el autor, prendado de este aliento generoso

y magnánimo propagado por héroes anónimos, por oscuros ascendientes, inscribe en la portada de su poema:

A
LA MEMORIA
DE TODOS LOS MUERTOS GENEROSOS
QUE LEJOS DE LA PATRIA ESPAÑA
TIENEN SEPULCROS
DE FRÍO Y DE OLVIDO.
PARA RENOVAR EN ELLOS
UN TRIBUTO CONSCIENTE
DE HONOR Y PIEDAD
ESCRIBO
ESTE CANTO

Además de la perseverancia en la orientación, ¿no encontráis en esas dedicatorias una gradual intensificación en el arrobo patriótico, una delectación a cada paso más exquisita en la exhumación y exaltación de magnificencia histórica?

Pero, aunque el genio de Marquina era bastante poderoso para denotar faldas las esperanzas, ¿quién hubiera sospechado que, tan pronto, su pluma trazase el admirable diseño místico y acendradamente castizo de la Santa de Avila?

Pues eso es el auto en una jornada, *La Alcaldesa de Pastrana*.

¡Qué obra tan bella, tan sutil, tan honda! La psicología más castiza de la raza está allí: lo más íntimo, más fuerte, más peculiar del alma española surge en sus frases, sus conceptos, sus figuras y sus escenas.

Cuando las monjas dan, desprendidas y hospi-

talarias, su cena a los soldados caminantes, y por las mejillas en flor ruedan lágrimas recordando los padres y hermanos que luchan en la guerra, todo el gesto grandioso de este pueblo pródigo de la vida y avaro de la justicia y del ideal, surge con una evocación tan realista como soberanamente poética.

Cuando encorvada, pero espiritual, radiante, enérgica, sencilla y luminosa, la monja de Avila llega al *palomar de Pastrana*—a través de llanuras yermas por las anchas Castillas, e interminables caminadas andariegas—se presiente la sugestión de la santidad inconfundible de Teresa de Cepeda, de Teresa de Avila, que fue la idealización, la encarnación viva—y bendecida por Jesús—del alma castellana.

Y ¡qué grandeza moral, tan nuestra, tan española—que es, claro está, decir de paso tan cristiana—le da la humildad humillándose por deber, haciéndose altiva, imperativa, inexorable por exigencias de la jerarquía, por mandamiento del deber, por claro sentido de la paz, del orden!

No acabaría mi comentario; cada escena merece una admiración y promueve poderosamente las evocaciones y los sentimientos.

Mi opinión y mi experiencia son esas. Es de advertir que me inclino a la mística por naturaleza y por reflexión. Y digo esto, porque me consta que al abono frívolo de Madrid no ha satisfecho completamente *La Alcaldesa de Pastrana*.

Os diría porqué, pero sería largo y no debo. 1

Una objeción cierta puede hacerse a la última producción de Marquina: es histórica.

En realidad, todas sus obras citadas, en más o en menos, adolecen de inexactitud histórica. A pesar de ello, y lamentándolo desde luego, yo le doy poca importancia, porque un poeta no es un historiador de *hechos políticos*, y todavía menos Marquina, sino de *hechos sociales* y de *hechos psicológicos*, si se permiten esas frases con el sentido que las atribuyo.

Detalles a un lado—que además son fácilmente rectificables—las obras de Marquina se proponen diseñar, subrayar, alentar significaciones grandiosas y características de estas tierras, estos hombres y estas cosas incomparables e inmarcesibles de la vieja España...

Que es labor saludable y benemérita.

Madrid, 26 Mayo 1911.



“Lirio entre espinas.,”

Creo que había gran expectación: verdaderamente era un interrogante el anunciado estreno de *Lirio entre espinas*. La acción, en una casa de trato; la protagonista... ¡una monja!

No asistí a la representación, pero he leído la comedia.

Su ilustre autor, un joven que ya tiene adquiridos en buena lid prestigios literarios de primera figura contemporánea, es Gregorio Martínez Sierra, de cuya pluma brotó la tierna nota de *Canción de cuna*.

Hasta ahora, nada ha producido tan sobrio y tan hondo, como ese corto puñado de escenas del reciente estreno.

No es, sin duda, obra para toda clase de personas; pero deséchese la idea de que sea inmoral. Viene aquí a cuento la clásica diferencia de la justa causa y el justo proceder en las guerras.

Los personajes—a excepción de la protagonista—y el ambiente del cuadro, son inmorales; pero la idea que los hilvana y las emociones que producen son todo lo contrario.

Más aún; pienso yo que para cierta clase numerosísima, de gentes, puede ser, y será, de más certeros efectos que un sermón.

La figura de la monja es real, es exacta, es

por lo tanto bella. Gana la voluntad porque, a pesar de todos los posibles prejuicios del expectador, se impone por evidencia, y la sublimidad sencilla, contenida, que hay en la práctica de la vida cristiana, arranca irremediabilmente la simpatía. Al resplandor del contraste, surge la apología de la monja sin que el autor haya pretendido o se haya tomado la molestia de intentarlo.

Las figuras de las pobres rameras causan impresión de asco, de desprecio, que al reflexionar se trueca en profunda y dolorida conmiseración.

Son la holgazanería, la brutalidad, la miseria y la degeneración absorbidas en el vórtice de la vida moderna, cuya cualidad más notable es la disimulación de las virtudes y la franca exhibición por dondequiera de la humana rufiandad en todas sus formas... En el corazón de las infelices mujeres, bajo el manto áspero de las supersticiones, el vicio y el desamparo, brilla un poco de fuego, una brasa capaz de inflamarse hasta llegar a la purificación regeneradora...

La nota más amarga, más cruda, más desagradable la proporcionan los personajes masculinos, los señoritos *juerguistas* que, en día de sangrientos sucesos por las calles, no tienen mejor ocupación que reir y beber en la mancebía.

¡Qué tipos tan reales! ¡Qué frecuentes, qué de todas las esferas sociales!

¿Frecuentes, digo?... ¿Nada más que frecuentes?...

Están bien retratados: galanteando a la monja que huye, indefensa, de turbas incendiarias... Están pintados como son; lo más abyecto de nuestro abyecto tiempo, más repugnantes que las mismas hordas de asesinos fanatizados. Proceden en la comedia como en la realidad: como bestias con bolsillos y don de palabra, incapaces de sentir nada más que las afecciones corporales; incapaces de pensar nada más que retruécanos soeces y en medros por compadrazgo y por injusticia; presuntuosos, inútiles, groseros, torpes y malvados.

No viene mal que salgan a escena vistos por el reverso... ¡Aunque creo que será poco aprovechada la enseñanza!

Y ya comprenderéis lo que deduzco, que es moraleja de la nueva obra.

Apología de la monja, odiosidad hacia las turbas incendiarias, que tan importante papel desempeñan en nuestro tiempo; piedad e impulsos nobles de redención hacia el mundo de los degradados semiinconscientes, y repulsión violenta hacia la frivolidad estúpida, brutal y encanallecida que tan vasta presa tiene hecha en la sociedad actual.

Por supuesto, el autor no se ha propuesto tanto; seguramente pueden hacerse objeciones a su obra en ese orden; pero, ¿los efectos?... Yo os aseguro que entre el público de las *cuartas* secciones saldrán muchas conciencias impresionadas.

Ahora bien, al que no le queda conciencia...

El triunfo de la República.

¿De verdad no se lee en España? Pues he aquí un aperitivo para la lectura: *La República española en 191...*

En los últimos días del Congreso Escarístico se puso a la venta la primera edición: 16.000 ejemplares. Para fines de Septiembre la edición estaba agotada.

Un librero me decía esta mañana:—Desde que ando en el oficio, y hace ya un pico de años, no he conocido éxito semejante al que tiene ese libro.

En los escaparates de algunas librerías, los volúmenes de la célebre fantasía política lo llenaban todo con dominio absoluto, durante Julio y Agosto.

Un amigo me refería hace poco tiempo, con ocasión de preguntarme noticias relativas a la persona de Cirici Ventalló, que en cierto viaje pudo ver, al pasear por los andenes en la parada de Castejón, siete personas distintas que iban en el tren leyendo *La República*.

Y en la sobremesa de una comida, a la que

acudí invitado no hace muchas noches, un ayudante de Don Alfonso XIII me preguntaba:

—Pero ¿no conoce usted un libro notabilísimo que se llama...

Y pronunció el título consabido.

Ultimo detalle: antes de cumplirse dos meses de salir a luz, ya apareció una imitación idiota a roer los zancajos de la admirable sátira.

Ahora se acaba de publicar la segunda edición, otros 16.000 ejemplares, y en ocho días se ha vendido más de la tercera parte.

Indudablemente, hay algo que se lee en España.

Para mí el principal resorte del éxito alcanzado por la obra citada, está en la verosimilitud.

Decía el Padre Weys en el prólogo de alguna de sus obras, que nuestra época no aguanta los sólidos razonamientos escolásticos; precisa vestir las ideas con formas amenas que alivien el trabajo de asimilarlas.

Pues bien; *La República española en 191...* es en corto orden de cosas lo que precisaba: la crítica más formidable contra la calamidad democrática de nuestros días, vista a través de su triunfo en forma de república española.

El lector siguiendo los pasos de todos los personajes que de sobra conoce, puesto que son los parásitos políticos que a diario le molestan, viéndoles moverse, hacer, decir y pensar en el día de una supuesta instauración de la forma republicana-

na, comprende que si el caso llegara, la conducta que a cada cual atribuye el libro, sería la que siguiesen y observasen uno a uno todos los personajes aludidos.

Por el camino suave de la narración novelesca, salpicada de ingenio y humorismo, el lector llega a la posesión más completa del conocimiento referente a principios, programas, partidos y hombres del liberalismo español.

El recuerdo de la novela, será después de leída parte importante en la conciencia política de todo liberal o republicano honrado.

¡Ha debido quitar más telarañas de los ojos republicanos ese librito!...

La sed que hay de él, mide el asco por lo que satiriza.

Saludemos el triunfo estrepitoso de *La República española*.

Me refiero al libro; la otra república no vamos a tener ocasión de saludarla.



LA BANDERA

LA BANDERA

El padre Sol, bello y lírico, se ha vestido de gala para cantar esta mañana las épicas estrofas del homenaje a la Patria enseña.

La Corte se ha estremecido con el agudo grito marcial de los clarines, los atambores y las músicas acompasadas por el pafar de los escuadrones, el aterrador rodar de los carros de guerra y el monorítmico desfile de los infantes.

Se ha llenado el ambiente de músicas, de reflejos brillantes, de alientos bizarros. Y bajo el palio de seda azul colgado en los cielos, el padre Sol cegaba deslumbrante cantando inspirado el himno del amor patriótico; y las mujeres hermosas se apiñaban entusiasmadas y palpitantes semejando puñados de rosas frescas.

¡Los reclutas juraban la bandera!...

Mientras los fautores del movimiento societario que declaran un mito su grande arma de la huelga general, niegan la Patria; cuando la lepra laica desliza en sus hipócritas escuelas la insidia demoleadora de que la bandera es un trapo atado a un palo; en tanto que el mundo obrero llama Patria al estómago y se desliga de la tierra que no posee por derecho dominical; ¡la bandera triunfa, la mu-

chedumbre en masa de los pueblos siente a su presencia que se conmueven las más profundas fibras de su corazón!

Es sólo un símbolo la bandera, sí; pero símbolo de algo que llevamos en nosotros mismos sin que podamos prescindir de ello; porque la Patria es la historia a través de la cual se ha destilado la sangre de nuestras venas; es el cielo y la luz y el clima en el cual se ha troquelado nuestra semblanza, forjado nuestra fisiología y alimentado nuestro espíritu; porque la Patria es todo lo nuestro, nuestro origen, nuestra sustancia, nuestras vocaciones y simpatías, y el impulso algo fatal de nuestros destinos humanos.

La Patria es la herencia; y el determinado producto de los hechos; y la floración de las leyes naturales y humanas; y el instante en íntima continuidad con el pasado y con el futuro.

La Patria es uno de los conceptos más científicos del mundo moderno.

La Patria es la comunión natural de los idénticos por la sustancia, por las vocaciones, por lo pasado y por lo probable.

Y a esto que todos sentimos, porque todos lo llevamos con nosotros mismos, precisa darle forma plástica, unidad total y abarcable donde podamos abrazar cada uno a todos y a todo en los momentos de exaltación o de desesperanza, donde simbolicemos todos los ideales comunes...

Ese símbolo es la bandera.

INDICE

	<u>Págs.</u>
¡VIVA EL REY!	
<i>Monarquía y gremios</i>	9
<i>Hacia la redención municipal</i>	17
<i>Oteando las huelgas de 1911:</i>	
Tradición o revolución.....	27
La revolución y la Patria.....	37
Dentro de la ley, bordeando la ley, en contra de la ley.....	42
Sindicación contra sindicación.....	46
<i>Congreso Eucarístico:</i>	
La Comunión de los niños.....	55
Ecos postreros.....	58
<i>Arquitectura y tradición</i>	65
<i>Juventud, juventud</i>	75
<i>Psicología literaria:</i>	
Los cruzados de la Causa.....	83
Alrededor de un libro.....	95
El poeta Marquina.....	100
Lirio entre espinas.....	107
El triunfo de la república.....	110
<i>La bandera</i>	115

Precio: 1,25 pesetas.

DEL MISMO AUTOR

En la Avanzada.

- Volumen I.—Crítica política. Cuestiones vascas.
Cinematógrafo.
- II.—Catecismo a los ateos.—Qué son las escuelas laicas.—Romanones a la barra.
 - III.—¡Viva el Rey!—Psicología social y literaria.

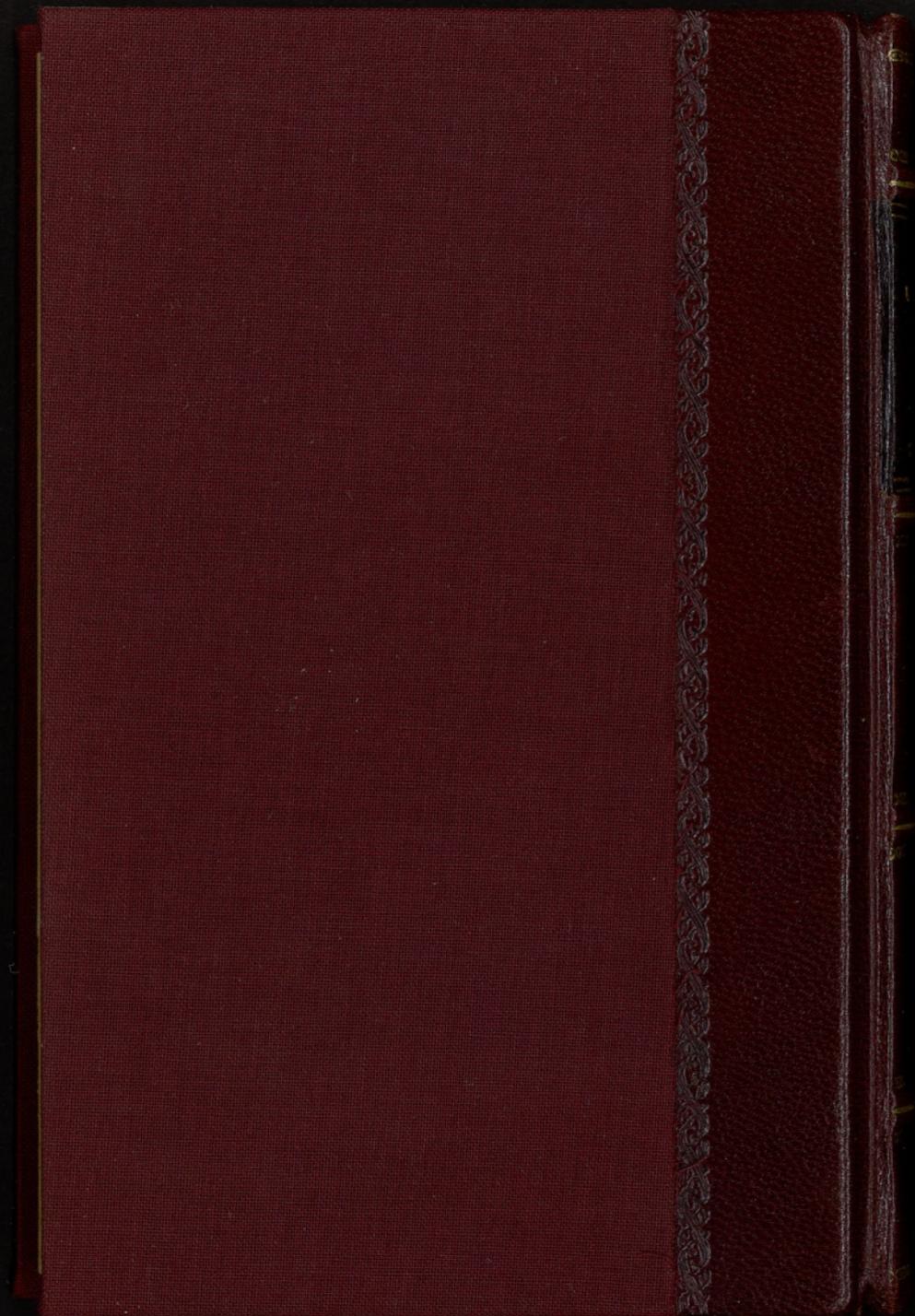
EN PREPARACIÓN

- IV.—Maura.—Canalejas.
- V.—Dios, Patria y Rey.
- VI.—Semblanzas jaimistas.

Otros trabajos en prensa.

Pequeño ideorama.

Autobiografía de Nandín, que falleció a la edad de seis meses (novela).





L. N.
LARRA MENDI

EN LA
AVANZADA



MADRID

1914

